

Nikolái Semiónovich Leskov



LADY MACBETH DE MTSENSK NIKOLÁI SEMIÓNOVICH LESKOV

Nikolái semiónovich leskov

Lady macbeth de mtsensk



Nikolái Semiónovich Leskov

Nikolái Semiónovich Leskov nació el 4 de febrero de 1931 en San Petersburgo (Rusia). Trabajó como escribiente en el juzgado penal de su ciudad y después como agente comercial en Kiev. Debido a su trabajo, viajó por toda Rusia, lo cual le sirvió para su formación como escritor. También aprendió ucraniano, polaco y leyó sobre filosofía y economía. En 1861, se mudó a San Petersburgo, donde trabajó como periodista.

En su producción literaria, destacan títulos como *Vida de una mujer de pueblo* (1863), o la novela corta *Lady Macbeth de Mtsensk* (1865), que inspiró una ópera del mismo título de Dimitri Shostakovich. *La pulga de acero* (1881) es considerada la mejor pieza corta de Leskov, y una de las cumbres de la literatura rusa del siglo XIX. Asimismo, figuran entre sus obras, *Gentes de la iglesia* (1872) y *El ángel sellado* (1873), donde además relata las curiosas peripecias de un icono confiscado. Además, escribió varios cuentos como *Viejos años en la aldea Plodomásovo* (1869), *Familia venida a menos* (1874) y *Antigüedades de Pechersk* (1883).

Murió el 21 de febrero de 1895, a la edad de 64 años en San Petersburgo. A pesar de que su obra fue incomprendida en su época, es considerado, por muchos de sus compatriotas, como el escritor más ruso de todos los escritores rusos. Por ello, Máximo Gorki lo catalogó como «el autor más profundamente enraizado en el alma popular, y más libre de influencias extranjeras de la historia de la literatura rusa», y Antón Chéjov reconoció que fue su más genuino maestro.

Lady Macbeth de Mtsensk
Nikolái Semiónovich Leskov

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

Alex Winder Alejandro Vargas
Jefe del Programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: John Martínez Gonzáles
Selección de textos: Melissa Tatiana Mendoza Gómez
Corrección de estilo: Margarita Erení Quintanilla Rodríguez
Diagramación: Ambar Lizbeth Sánchez García
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa "Lima Lee", apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado Covid-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección "Lima Lee", títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa "Lima Lee" de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

LADY MACBETH DE MTSENSK

I

A veces en nuestras tierras se dan ciertas naturalezas que, no importan los años que pasen desde el encuentro, nunca se es capaz de recordarlas sin un escalofrío. A esta clase de naturalezas pertenece Katerina Lvovna Izmáilova, la mujer de un mercader que una vez interpretó un drama terrible tras el que nuestros nobles, por la palabra fácil de alguien, empezaron a llamarla la lady Macbeth de la provincia de Mtsensk.

De pequeña Katerina Lvovna no había sido una belleza, pero sí era una mujer de apariencia muy agradable. Tenía solo veinticuatro años; no era alta, pero sí esbelta, su cuello parecía esculpido en mármol, hombros redondos, pecho firme, nariz recta, fina, ojos negros y vivos, frente alta y blanca y cabellos negros, de un negro casi azulado. La habían casado con nuestro mercader Izmáilov de Túskar, en la provincia de Kursk, no por amor o por alguna atracción, sino porque Izmáilov pidió su mano y, siendo como era una muchacha humilde, no iba a tener pretendientes como para elegir. El hogar de los Izmáilov no era precisamente el peor en nuestra ciudad:

vendían harina de flor, tenían arrendado en la provincia un molino grande, tenían un jardín rentable en las afueras y una casa buena en la ciudad. Eran mercaderes acaudalados. Por lo demás, la familia no era muy grande: el suegro Borís Timoféich Izmáilov, un hombre de cerca de ochenta años, viudo desde hacía tiempo; su hijo Zinovi Borísych, el marido de Katerina Lvovna, un hombre también de cincuenta y tantos; la propia Katerina Lvovna y ya. Katerina Lvovna, que llevaba cinco años casada con Zinovi Borísych, no tenía hijos. Este tampoco había tenido hijos con su primera mujer, con la que había convivido unos veinte años, antes de enviudar y casarse con Katerina Lvovna. Pensaba y esperaba que al menos le daría Dios de este segundo matrimonio un heredero para su linaje de mercader, pero tampoco lo logró con Katerina Lvovna.

La ausencia de niños afligía muchísimo a Zinovi Borísych, y no solo a él, también al viejo Borís Timoféich; incluso la propia Katerina Lvovna se entristecía mucho. Cuando el excesivo aburrimiento en el *térem*, en la torre alta y cerrada de la casa del mercader, con tapias altas y perros de presa sueltos, más de una vez había causado a la joven mercadera cierta tristeza que llegaba

al atontamiento, esta habría estado encantada —sabe Dios lo encantada que hubiera estado— de cuidar de un niño, pero otras veces los reproches la hartaban: «Pero ¿por qué me casaría? ¿Por qué, infértil, ataste tu destino a este hombre?», como si de verdad hubiera cometido un crimen ante su marido, ante su suegro y ante todo su linaje de honrados mercaderes.

A pesar de la abundancia y los bienes, la vida de Katerina Lvovna en casa de su suegro era muy aburrida. Salía poco de visita y, si acompañaba a su marido a ver a otros mercaderes, tampoco era un placer. Todos eran personas severas: observaban cómo se sentaba y cómo andaba o se ponía de pie. Y Katerina Lvovna era de carácter impetuoso y, habiendo sido una muchacha humilde, estaba acostumbrada a la sencillez y a la libertad: le gustaría correr con los cubos hasta el río y bañarse en camisa bajo el embarcadero o lanzar cáscaras de pipas a algún joven transeúnte por encima de la cancela; sin embargo, aquí todo se hacía de otra manera. Su suegro y su marido se levantaban bien temprano, tomaban el té del desayuno a las seis de la mañana y se iban cada uno a sus asuntos, y ella deambulaba sola de habitación en habitación sin hacer nada. Todo estaba limpio, todo

estaba tranquilo y vacío, las lamparillas brillaban ante las imágenes, pero en ningún lugar de la casa había un sonido vivo, una voz humana.

Katerina Lvovna caminaba y caminaba por las habitaciones vacías, empezaba a bostezar de aburrimiento y subía por la escalerilla a la alcoba conyugal, dispuesta en un entrepiso alto y no muy grande. Aquí también se quedaba sentada un rato, curioseaba cómo colgaban el cáñamo en el almacén o encostalaban la harina de flor, de nuevo le entraba sueño, de lo que se alegraba, pues se echaba una horita o dos; pero, al despertar, otra vez el aburrimiento ruso, el aburrimiento de la casa de un mercader por el que, dicen, hasta ahorcarse resultaría divertido. Katerina Lvovna no era aficionada a la lectura; además, en su casa no había más libros que *Vida y hechos de los santos de Kiev*.

Cinco largos años vivió Katerina Lvovna esta vida aburrida en la magnífica casa de su suegro, a la sombra de su poco cariñoso marido, pero, como suele ocurrir, nadie prestó la más mínima atención a ese aburrimiento suyo.

II

En la sexta primavera del matrimonio de Katerina Lvovna, se rompió la presa del molino de los Izmáilov. En esa época, como hecho aposta, había llegado mucho trabajo al molino y la balsa resultó ser enorme: el agua corría por debajo de la solera del cubo y no hubo forma de atajarla rápidamente. Zinovi Borísych reunió en el molino a la gente de los alrededores y no se movió de allí en ningún momento; el viejo administraba solo los asuntos de la ciudad y Katerina Lvovna se consumía en casa día tras día más sola que la una. Al principio, se aburrió aún más sin su marido, pero luego le pareció que estaba hasta mejor: sola se veía más libre. Nunca había sentido por él mucha simpatía y, al no estar él, al menos recibía órdenes de una única persona.

Cierta vez, estaba Katerina Lvovna en la ventana de su cuarto, en la torre, y no hacía sino bostezar sin pensar en nada en concreto; finalmente, sintió vergüenza de sus bostezos. En la calle, el tiempo era maravilloso: era un día claro, cálido, alegre; a través de la cerca de madera verde

del jardín, podía verse a diferentes pájaros revoloteando de rama en rama.

—¿Y qué hago aquí bostezando de aburrimiento? —pensó Katerina Lvovna—. Vamos, al menos, baja al patio o date una vuelta por el jardín.

Katerina Lvovna se echó por encima un viejo abrigo de piel vuelta con damasco visto y salió.

En la calle, aspiró con fuerza el aire limpio. En la galería junto a los almacenes, se oían risas alegres.

—¿Cómo es que están tan alegres? —preguntó Katerina Lvovna a los dependientes de su suegro.

—Mire, Katerina Lvovna, han colgado una cerda viva —le respondió un viejo dependiente.

—¿Cómo que una cerda?

—A la cerda Aksinia. Ha nacido su hijo Vasil y no nos ha invitado a celebrar el bautizo —le explicó atrevida y alegremente un joven de cara insolente y bonita,

enmarcada por unos rizos negros como el azabache, y barba que apenas empezaba a apuntar.

En ese momento, la jeta rolliza y sonrosada de la cocinera Aksinia emergió de una tina de harina suspendida del astil de una báscula.

—¡Demonios! ¡Diablillos escurridizos! —maldijo la cocinera, intentando agarrarse al astil de hierro para salir de la tina bamboleante.

—Pesa ocho *puds*[1] antes de almorzar, pero se va a comer un cesto enorme de heno, así que no tendremos pesas suficientes —volvió a explicar el joven guapo y, tras darle la vuelta a la tina, lanzó a la cocinera sobre un gran saco de estera caído en un rincón.

La mujer empezó a recomponerse mientras maldecía burlona.

—Bueno, ¿y cuánto peso yo? —bromeó Katerina Lvovna y, asiéndose a la cuerda, se subió a la tabla.

—Tres *puds* y siete libras —respondió Serguéi, el

1 Antigua medida de peso equivalente a 16.38 kg.

joven guapo, tras colocar las pesas en el platillo—. ¡Qué curioso!

—¿De qué te asombras?

—De que ha pesado tres *puds*, Katerina Lvovna. Me parece que a usted se la podría llevar en brazos todo el día y no cansarse ni un poquito, solo sentirse bien a gusto.

—Pero, bueno, ¿es que yo no soy persona o qué? Claro que te cansarías —respondió sonrojándose levemente Katerina Lvovna, pues había perdido la costumbre de este tipo de conversaciones, y sintió un inesperado impulso de parlotear y de decir hasta hartarse palabras alegres y burlonas.

—¡De ninguna manera! A la Arabia Feliz la llevaría —Serguéi respondió a su observación.

—No estás razonando como se debe, joven —le dijo un aldeano que había estado encostalando—. ¿Qué es la gravedad nuestra? ¿Acaso nuestro cuerpo la siente? Nuestro cuerpo, mi querido amigo, en el peso no significa nada: es la fuerza, es nuestra fuerza lo que pesa, ¡no el cuerpo!

—Sí, de soltera era terriblemente fuerte —dijo Katerina Lvovna sin poder contenerse— No todos los hombres podían superarme.

—Pues permítame su mano, a ver si es verdad —le pidió el joven guapo.

Katerina Lvovna se desconcertó, pero tendió la mano.

—Ay, suelta el anillo, ¡me haces daño! —gritó cuando Serguéi le estrechó la mano, y le empujó a la altura del pecho con la mano libre.

El joven soltó la mano del ama y, del empujón recibido, salió volando a dos pasos.

—Mira, para que sepas lo que es una mujer —se sorprendió el aldeano.

—No, no, permítame que la alce así, por los costados —le dijo Serguéi mientras se colocaba los rizos.

—Vale, cógeme —respondió alegre Katerina Lvovna y alzó un poco los codos.

Serguéi abrazó a la joven ama y estrechó el pecho firme de ella contra su camisa roja. Katerina Lvovna estaba a punto de mover los hombros cuando Serguéi la levantó del suelo, la sujetó entre sus brazos, la estrechó y sentó suavemente en la medida volcada.

Katerina Lvovna no tuvo tiempo ni de emplear la fuerza por la que había sido elogiada. Colorada hasta las orejas, sentada en la medida, se colocó el abrigo que se le había caído de los hombros y salió lentamente del almacén, mientras que Serguéi, envalentonado, dejaba escapar una tosecita y gritaba:

—¡Eh, ustedes, bobos de capirote! A encostalar; no te duermas, no desgastes el rasero; si hay *vershki* de más, pues para nosotros.

Como si no le diera importancia alguna a lo sucedido.

—¡Menudo mujeriego es el maldito Seriozhka! —le contó la cocinera Aksinia, que se arrastraba tras Katerina Lvovna—. El sinvergüenza lo tiene todo: es alto, encantador, guapo… Le da igual quién sea la mujer, tiene tanta labia que a todas lleva al pecado. Menudo canalla inconstante, ¡el más inconstante de los inconstantes!

—Y tú, Aksinia…, esto… —le dijo la joven ama, que caminaba delante de ella—, ¿tu niño está bien?

—Sí, señora, está bien; ya ve, donde no se les necesita, ahí bien que sobreviven.

—¿Y de quién es?

—Uf, una noche alegre, mucha gente, ya sabe, una noche alegre.

—¿Hace mucho que está con nosotros ese joven?

—¿Quién? ¿Serguéi?

—Sí.

—Va a hacer un mes. Antes sirvió donde los Kopchónov y el señor lo despidió —Aksinia bajó la voz antes de contarle—: Dicen que anduvo en amoríos con la mismísima señora… Tres veces maldito… ¡Qué valiente!

III

Un crepúsculo cálido y lechoso se alzaba sobre la ciudad. Zinovi Borísych seguía sin regresar de la represa. El suegro, Borís Timoféich tampoco estaba en casa: había ido a ver a un viejo amigo por su santo, incluso había dejado dicho que no lo esperaran para cenar. Para matar el tiempo, Katerina Lvovna cenó pronto, abrió la ventana de su torre y, apoyada en el quicio, pelaba pipas. Su gente cenó en la cocina y luego se dispersó por el patio para dormir: unos al cobertizo, otros a los almacenes y otros a los fragantes heniles. El último en salir de la cocina fue Serguéi. Anduvo por el patio soltando a los perros de presa, silbaba y, al pasar junto a la ventana de Katerina Lvovna, la miró e hizo una profunda reverencia.

—Hola —dijo suavemente Katerina Lvovna desde la torre, y luego el patio se quedó tan silencioso como un desierto.

—¡Señora! —dijo alguien pasados dos minutos tras la puerta cerrada de Katerina Lvovna.

—¿Quién es? —preguntó ella asustada.

—No se asuste; soy yo, Serguéi —respondió el mozo.

—¿Qué quieres, Serguéi?

—Tengo que tratar un asuntillo con usted, Katerina Lvovna, me gustaría pedirle un favorcillo; permítame que entre un momento.

Katerina Lvovna giró la llave y dejó entrar a Serguéi.

—¿Qué quieres? —preguntó apartándose hacia la ventana.

—He venido a preguntarle, Katerina Lvovna, si no tendrá algún librito que pueda leer. El aburrimiento me supera.

—Yo no tengo libros, Serguéi; no leo —respondió Katerina Lvovna.

—Qué aburrimiento —se quejó Serguéi.

—¡Qué vas a aburrirte tú!

—¡Y cómo no aburrirse! Soy joven y vivimos igual que en un monasterio, y por delante lo único que veo es que puede que llegue a la tumba igual de solo. A veces, llego a desesperarme.

—¿Y por qué no te casas?

—¡Casarse! Qué fácil es decirlo, señora. ¿Con quién voy a casarme yo aquí? Soy poca cosa, la hija de un propietario no va a casarse conmigo y, debido a nuestras carencias, bien lo sabe usted, Katerina Lvovna, las nuestras son unas ignorantes. ¿Es que ellas pueden entender el amor como debe ser? Aunque permítame que le muestre cómo lo entienden los ricos. Podría decirse que usted, para cualquier persona que tenga sentimientos, no sería más que alegría y, sin embargo, aquí está usted cual canario enjaulado.

—Sí, me aburro —se le escapó a Katerina Lvovna.

—Pero, señora, ¡cómo no va a aburrirle esta vida! Aunque tuviera alguna distracción por ahí, como tienen las demás, le sería imposible verse con él.

—Pero qué dices…, no se trata de eso. Creo que si tuviera un niño, me sentiría más alegre, sí.

—Entonces, permítame que le informe, señora, que para tener un niño hay que hacer algo, que no vienen así como así. ¿Qué se cree, que alguien que ha vivido tantos años junto a los señores y ha contemplado la vida de las mujeres en casa de los mercaderes no lo entiende? Hay una canción: «Sin mi amado la melancolía de mí se ha apoderado», y yo le digo, Katerina Lvovna, que esa melancolía es tan, por así decirlo, patente en mi corazón que me abriría el pecho con un cuchillo y arrojaría mi corazón a sus pies. Y me sentiría mejor, me sentiría cien veces mejor…

A Serguéi le temblaba la voz.

—¿Por qué me cuentas nada sobre tu corazón? No me importa. Vete…

—No, señora, deje que… —dijo Serguéi dando pasos hacia Katerina Lvovna; todo su cuerpo temblaba—. Lo sé bien, puedo verlo, incluso siento y comprendo bien que para usted la vida no es más fácil que para mí, pero ahora

—dijo de una sola aspiración—, ahora, en este momento, todo está en sus manos, usted decide.

—Pero ¿qué te…? ¿Por qué? ¿Por qué has venido? Me lanzaré por la ventana —dijo Katerina Lvovna, sintiendo que caía bajo el insoportable dominio de un miedo indescriptible, y se agarró al alféizar.

—Pero, vida mía, ¿para qué quieres tirarte? —susurró con desenfado Serguéi y, habiendo apartado a la joven señora de la ventana, la abrazó con fuerza.

—¡Ay, ay! ¡Suéltame! —gemía débilmente Katerina Lvovna, aflojándose bajo los besos ardientes de Serguéi, pero involuntariamente se estrechaba contra su fuerte figura.

Serguéi levantó a la señora como si fuera un niño y se la llevó en brazos a un rincón oscuro.

En la habitación, se hizo el silencio, roto solo por el tictac rítmico de un reloj de bolsillo colgado en la cabecera de la cama de Katerina Lvovna; era de su marido, pero no molestaba en absoluto.

—Vete —decía Katerina Lvovna al cabo de media hora sin mirar a Serguéi, mientras se arreglaba frente a un espejo pequeño el peinado deshecho.

—Como que me voy a ir ahora de aquí —respondió Serguéi en tono feliz.

—Mi suegro cerrará con llave.

—¡Ay, corazón! ¿Qué gente has conocido tú para la que el único camino hasta una mujer es una puerta? Igual que he venido, me marcharé; hay puertas por doquier —respondió el joven señalando las columnas que soportaban la galería.

IV

Zinovi Borísych estuvo una semana más sin ir a casa, y toda esa semana, en cuanto anochecía y hasta las primeras luces, su mujer se divertía con Serguéi.

Muchas cosas pasaron esas noches en el dormitorio de Zinovi Borísych: se bebió vino de la bodega del suegro, se comieron golosinas, se besaron los labios azucarados de la señora y se jugó con rizos negros en la cabecera blanda de la cama. Pero no todo es un camino de rosas; también hay espinas.

Borís Timoféich no podía dormir; vestido con una camisa abigarrada de percal, el viejo vagaba por la casa en calma: se acerca a una ventana, luego a otra, mira y ve la camisa roja del joven Serguéi bajando sin hacer ruido por una columna bajo la ventana de su nuera. ¡Menuda noticia! Borís Timoféich saltó para agarrar al joven por las piernas. Este iba a darse la vuelta para atizar al señor con todas sus fuerzas en la cabeza, pero se paró al darse cuenta de que haría ruido.

—Si serás canalla… —dijo Borís Timoféich—. Dime dónde has estado.

—He estado allí donde ahora ya no estoy, Borís Timoféich, señor —respondió Serguéi.

—¿Has pasado la noche donde mi nuera?

—Pues tampoco sé dónde he pasado la noche, mi señor; pero óyeme una cosa, Borís Timoféich: una vez que ha pasado, no se puede volver atrás; al menos no cubras de vergüenza tu casa de mercader. Dime qué quieres, ¿cómo te quedarías satisfecho?

—Voy a darte quinientos latigazos, víbora —respondió Borís Timoféich.

—Mi culpa, tu voluntad —convino el joven—. Dime dónde tengo que acompañarte para que te sientas reconfortado, bebe mi sangre.

Borís Timoféich llevó a Serguéi al almacén de piedra y le azotó con una fusta hasta que se quedó sin fuerzas. Serguéi no dejó escapar ni un lamento, pero royó la mitad de la manga de su camisa.

Borís Timoféich dejó a Serguéi en el almacén mientras se le cicatrizaba la espalda incandescente como el hierro fundido, le llevó una jarra de agua, lo encerró bajo llave y envió a buscar a su hijo.

Pero tanto entonces como ahora, en la Rus no se recorren rápidamente cien verstas por caminos vecinales, y a Katerina Lvovna se le hizo imposible estar sin Serguéi una hora más. De pronto, desplegó en toda su amplitud la naturaleza que se había despertado en ella y se volvió tan decidida que fue imposible detenerla. Se enteró de dónde estaba Serguéi, habló con él a través de la puerta de hierro y se puso a buscar la llave. Fue a ver a su suegro: «Deja libre a Serguéi, padre».

El viejo palideció de rabia. Nunca se hubiera esperado tal impertinencia y descaro de su nuera pecadora y, hasta entonces, sumisa.

—Pero, buena alhaja, ¿qué estás diciendo? —empezó a faltar a Katerina Lvovna.

—Déjalo libre —decía ella—. En conciencia, te aseguro que todavía no ha pasado nada malo entre nosotros.

—¡Que no ha pasado nada malo! —Al viejo le rechinaban los dientes—. ¿Y a qué has dedicado las noches? ¿A ahuecar los almohadones de tu marido?

Pero ella no hacía más que insistirle para que lo dejara libre.

—Si eso es lo que quieres —dijo Borís Timoféich—, verás lo que va a pasar: vendrá tu marido y a ti, venerable esposa, te haremos sentir el látigo en las cuadras con nuestras propias manos, mientras que al canalla ese, yo mismo lo enviaré mañana a prisión.

Así lo decidió Borís Timoféich, pero no llevó a cabo su decisión.

V

Antes de acostarse, Borís Timoféich tomó setas con *kasha*[2] y le dio ardor de estómago. De repente, le atacó a la boca del estómago, le dieron unos vómitos terribles y murió al amanecer, precisamente de la misma forma en la que morían las ratas en los almacenes, para quien Katerina Lvovna en persona preparaba siempre una comida especial con un polvo blanco peligroso, y de cuya conservación era ella la encargada.

Liberó Katerina Lvovna a su Serguéi del almacén de piedra del suegro y, sin vergüenza alguna por la opinión de la gente, lo metió en la cama del marido para que se recuperara de los latigazos del suegro. A este, a Borís Timoféich, lo enterraron según la ley cristiana y sin pensarlo mucho. A nadie se le ocurrió siquiera que tuviera nada de sorprendente: Borís Timoféich se ha muerto después de comer setas, pues igual que muchos las comen y se mueren. Enterraron a Borís Timoféich de prisa, sin esperar siquiera a su hijo, porque en la calle

2 Gramíneas cocidas en agua o leche, aliñadas con manteca, aceite vegetal o grasa animal.

hacía calor y el mensajero no encontró a Zinovi Borísych en el molino. A este le habían ofrecido un bosque barato a unas cien verstas: se fue a verlo sin decirle por el camino a nadie a dónde iba.

Tras realizar esta tarea, Katerina Lvovna se desató del todo. Ya era una mujer que no se achicaba ante nada, pero ahora era imposible adivinar cuáles eran sus intenciones: se pavoneaba, disponía todo en la casa y no permitía que Serguéi se alejara de ella. En la casa empezaron a sorprenderse, pero Katerina Lvovna supo ganárselos a todos repartiendo a manos llenas y la sorpresa pasó. «La señora y Serguéi —comprendían— se han metido en una alegoría y ya está. Ya tendrán su respuesta, ya».

Y, mientras, Serguéi se recuperó, se enderezó y, de nuevo bravo y hermoso, como un halcón gerifalte, revoloteaba alrededor de Katerina Lvovna, su vida de enamorados volvió a empezar. Pero el tiempo no pasaba solo para ellos: Zinovi Borísych, el marido ofendido, se apresuraba en llegar a casa tras su larga ausencia.

VI

Después de comer, en la calle reinaba un calor sofocante y las moscas ligeras importunaban insoportablemente. Katerina Lvovna cerró los postigos de las ventanas del dormitorio e incluso cubrió estas por dentro con un pañuelo de lana. Después se echó a descansar junto a Serguéi en la cama alta del mercader. Katerina Lvovna duerme, pero no profundamente, sino que se mantiene en duermevela; la cara se le cubre de sudor, respirar cuesta y da calor. Katerina Lvovna siente que ya es hora de despertarse, es hora de bajar al jardín a tomar té, pero no hay forma, no puede levantarse. Finalmente, la cocinera se acercó y llamó a la puerta: «El samovar se está consumiendo bajo el manzano». Katerina Lvovna a duras penas se estira para acariciar al gato. Este se restriega entre Serguéi y ella, tan bonito, gris, grandote como una bola… y bigotes como los de un síndico recaudador de impuestos. Katerina Lvovna empezó a acariciar su pelo afelpado y él le arrima el hocico, le clava el morro plano en el pecho elástico mientras entona quedamente una canción, pareciera estar hablando de amor. «¿Y cómo que se ha colado aquí este gato? —pensó Katerina

Lvovna—. He dejado la leche en la ventana; seguro que este canalla se la zampa. Tengo que echarlo de aquí», decidió. Quiso agarrar al gato para sacarlo fuera, pero era como la niebla, se le colaba entre los dedos. «A todo esto, ¿de dónde ha salido el gato? —discurrió Katerina Lvovna en medio de la pesadilla—. Nunca hemos tenido un gato en el dormitorio y ahora, ¡vaya el que se nos ha colado!». De nuevo quiso cogerlo, de nuevo el gato no estaba. «¡Ah! Pero ¿qué está pasando? Ya está bien, ¿hay o no un gato?». De lo estupefacta que se quedó, se le pasó el sueño y la modorra. Katerina Lvovna contempló la estancia: no había ningún gato, en la cama solo estaba el bello Serguéi que, con mano vigorosa, estrechaba el rostro cálido contra su pecho.

Katerina se incorporó y se sentó en la cama, besó una y otra vez a Serguéi, lo mimó y acarició, arregló el colchón arrugado y se fue al jardín a tomar el té. El sol ya estaba muy bajo y sobre la tierra bien recalentada caía una tarde maravillosa, mágica.

—He dormido muchísimo —le dijo Katerina Lvovna a Aksinia, y se sentó a tomar té en una alfombra bajo un manzano en flor—. ¿Y qué querrá decir, Aksíniushka?

—preguntó a la cocinera mientras secaba un platito con un paño de té.

—¿El qué, *mátushka*?

—Pues que no era un sueño, sino que un gato completamente real se me ha colado en el cuarto.

—Huy, ¡eso no es posible!

—Se ha colado un gato, de verdad.

Katerina Lvovna le contó cómo un gato se había colado en su cuarto.

—Y ¿por qué ibas a acariciarlo?

—¡Esa es la historia! Ni yo misma sé por qué quería acariciarlo.

—Es extraño, la verdad —exclamó la cocinera.

—Aún sigo sorprendida.

—Seguro que significa algo así como que alguien se te va a acercar mucho, sí, algo así será.

—¿Pero qué exactamente?

—Qué exactamente, querida, eso nadie puede explicártelo. Solo sé que algo va a pasar.

—He soñado con una luna, y después con el gato —continuó Katerina Lvovna.

—La luna significa una criatura.

Katerina Lvovna se puso colorada.

—¿Y si llamamos a Serguéi para que venga aquí con su merced? —le preguntó Aksinia, nombrándose confidente y consejera.

—Sí, bueno —respondió Katerina Lvovna—, es verdad, ve a llamarlo, le serviré el té aquí.

—Ahora mismo envío a buscarlo —concluyó Aksinia y empezó a moverse con sus andares de pato hacia la cancela del jardín.

Katerina Lvovna le habló a Serguéi del gato.

—Solo es un sueño —respondió él.

—Entonces, Seriozha, ¿por qué nunca antes había tenido un sueño así?

—¡Anda que no hay cosas que antes no han pasado! Antes solo podía mirarte y consumirme, pero ¡fíjate ahora! Soy el dueño de tu pálido cuerpo.

Serguéi abrazó a Katerina Lvovna, la hizo girar en el aire y, jugando, la dejó caer sobre la alfombra esponjosa.

—Ay, la cabeza me da vueltas —dijo Katerina Lvovna—. ¡Seriozha! Ven aquí, siéntate a mi lado —lo llamó entregándose al reposo y estirándose seductora y elegante.

Agachándose, el joven se acercó al pequeño manzano inundado de flores blancas, y se sentó en la alfombra a los pies de Katerina Lvovna.

—¿Te consumías por mí, Seriozha?

—¿Cómo no hacerlo?

—¿Y cómo te consumías? Cuéntamelo.

—Pero ¿cómo contarlo? ¿Es que es posible explicar cómo se consume uno? Estaba melancólico.

—Pero ¿por qué yo no lo sentía, Seriozha? ¿Por qué yo no sentía que sufrías por mí? Dicen que esas cosas se sienten…

Serguéi guardó silencio.

—Y ¿por qué cantabas si penabas por mí? Dime. Porque creo haberte oído cantar en la galería —continuó preguntando Katerina Lvovna, mimosa.

Una pausa. Katerina Lvovna estaba completamente embelesada por las confesiones de Serguéi.

Ella quería seguir hablando, pero él arrugaba el ceño y guardaba silencio.

—Mira, Serguéi, ¡es como estar en la gloria, en el paraíso! —exclamó Katerina Lvovna contemplando entre las ramas densas del manzano en flor el cielo azul, claro, y la luna llena, agradable.

La luz de la luna, que penetraba las hojas y las flores del manzano, se dispersaba formando manchas caprichosas, claras, por el rostro y la figura de Katerina Lvovna, que yacía de espaldas. El aire estaba en calma, solo un viento ligero y cálido agitaba de vez en cuando las hojas amodorradas y dispersaba el delicado aroma de los árboles y las plantas en flor. Respirar abrumaba, invitaba a la pereza, al deleite y a oscuros deseos.

Al no obtener respuesta, Katerina Lvovna volvió a guardar silencio y siguió contemplando el cielo a través de las flores rosa pálido del manzano. Serguéi también callaba, solo que a él no le interesaba el cielo. Se envolvía las rodillas con ambas manos y miraba con atención sus botas.

¡Una noche dorada! Calma, luz, aromas y calor beneficioso, vivificador. Más allá del barranco, por detrás del jardín, alguien empezó a entonar una canción sonora; bajo la cerca, entre arbustos frondosos de cerezo aliso, cantaba y golpeteaba un ruiseñor; en una jaula sobre una vara alta, parecía delirar una codorniz soñolienta y un caballo rollizo resollaba lánguidamente tras el muro de la cuadra, mientras que un grupo de perros cruzó

corriendo, sin hacer el menor ruido, los pastos tras la cerca del jardín y desapareció en la sombra deforme, oscura, de las viejas tiendas de sal semiderruidas.

Katerina Lvovna se apoyó en un codo y miró la hierba alta del jardín: la hierba jugaba con el brillo de la luna, brillo que se rompía contra las flores y las hojas de los árboles. Las manchitas claras, caprichosas, la volvían dorada y, bien fulguraban sobre ella, bien temblaban como mariposas de fuego vivas o como si toda la hierba bajo los árboles estuviera cubierta por el velo de la luna y caminara de un lado a otro.

—Ay, Seriózhechka, ¡qué maravilla! —exclamó Katerina Lvovna tras mirar en derredor.

Serguéi paseó la mirada indiferente.

—¿Cómo que estás tan triste, Seriozha? ¿Ya te has aburrido de mi amor?

—¡Eso son palabras vacías! —respondió Serguéi secamente e, inclinándose, besó a Katerina Lvovna con indolencia.

—Eres un traidor, Seriozha —Katerina Lvovna sintió celos—. ¡Qué poco detallista!

—Ni siquiera voy a pensar que eso me lo dices a mí —respondió Serguéi con tono tranquilo.

—Entonces, ¿por qué me besas así?

Serguéi no dijo nada.

—Solo los maridos besan así a sus esposas —continuó Katerina Lvovna jugando con sus rizos—, como si estuvieran quitándole el polvo de los labios. Bésame hasta que las flores nuevas de este manzano que está sobre nosotros se caigan al suelo.

—Así, así —susurraba Katerina Lvovna ciñendo a su amante y besándolo con pasión arrebatadora.

—Pues voy a preguntarte una cosa, Seriozha —Katerina Lvovna volvió a hablar poco tiempo después—, ¿cómo es que todos dicen de ti que eres un traidor?

—¿Y a quién le gusta ir inventando cosas sobre mí?

—Bueno, la gente habla.

—Puede que haya engañado a quien no valía nada.

—¿Y para qué te relacionas con alguien que no vale nada, tonto? Ni amores hay que tener con una así.

—¡Lo fácil es decirlo! Pero ¿acaso para esas cosas uno usa la cabeza? Aquí funciona únicamente el deseo. Te vas con una porque sí, quebrantas su mandamiento sin ninguna intención y ella ya empieza a seguirte a todas partes. ¡Vaya con el amor!

—Escúchame, Seriozha, ni sé ni quiero saber nada de esas otras que ha habido, solo cómo me engatusaste hasta este amor nuestro de ahora y tú bien sabes que yo me lancé a él de buen grado, y también por tu picardía, así que si me engañas con cualquiera, Seriozha, si me cambias por otra, perdóname, amigo de mi alma, pero viva no me separaré de ti.

Serguéi se estremeció.

—Pero…, Katerina Lvovna, ¡luz de mi vida! —dijo él—. Tú misma puedes ver qué es lo que hay entre

nosotros. Ahora mismo te has dado cuenta de que estaba pensativo, pero no se te ha ocurrido pensar en que cómo no voy a estar pensativo. ¡Mi corazón está hundido en sangre reseca!

—Habla, Seriozha, cuéntame tus penas.

—Pero ¿qué se puede contar? Pues, por ejemplo, primero tu marido regresará, si Dios quiere, Serguéi Filíppych, largo de aquí, vete al patio de atrás con los músicos y ponte a mirar desde el cobertizo la vela que arde en el dormitorio de Katerina Lvovna y a ella ahuecando la cama de plumas y echándose a dormir con su legítimo Zinovi Borísych.

—¡Eso no va a pasar! —dijo Katerina Lvovna alargando las palabras con alegría y agitó la mano.

—¿Cómo que no va a pasar? Bien sé que otra cosa es imposible. Yo también tengo corazón, Katerina Lvovna, y puedo sentir su sufrimiento.

—Bueno, vale ya de hablar de esto.

A Katerina Lvovna le agradaban las manifestaciones de celos de Serguéi y, entre risas, empezó de nuevo a besarlo.

—Le repito —continuó Serguéi mientras liberaba suavemente su cabeza de entre los brazos desnudos hasta los hombros de Katerina Lvovna—, tengo que repetirle que mi insignificante posición es lo que me lleva a pensar, y no una vez, sino hasta diez veces, de esta forma o de esta otra. En cambio si fuera, vamos a llamarlo así, igual que usted, si fuera un señor o un mercader, entonces en toda mi vida no me separaría de usted, Katerina Lvovna. Pero vea usted misma qué clase de hombre es el que está aquí con usted. Y cuando vea cómo toman sus blancas manos y la conducen a su alcoba, mi corazón tendrá que soportarlo y entonces me despreciaré para siempre. ¡Katerina Lvovna! Yo no soy como esos otros a los que les da igual todo con tal de conseguir placer de una mujer. Yo puedo sentir qué es el amor y cómo me oprime el corazón como una serpiente negra…

—¿Por qué me cuentas todo eso? —lo interrumpió Katerina Lvovna.

Serguéi le daba pena.

—¿Y cómo no contárselo, Katerina Lvovna? ¿Cómo no contárselo cuando puede que a él ya le hayan explicado, le hayan contado todo, y cuando puede que no esté muy lejos y que mañana mismo en esta casa no haya ni rastro de Serguéi?

—¡No, no, Serguéi, no hables así! Por nada del mundo me quedaré sin ti. —Le tranquilizaba Katerina Lvovna mientras seguía acariciándolo—. Si se diera el caso…, o él o yo no viviremos, pero tú estarás conmigo.

—Esto no puede seguir, Katerina Lvovna —respondió Serguéi meneando la cabeza triste y apesadumbrado—. Este amor no me causa alegrías. Si quisiera a una que vale lo mismo que yo, sí que estaría contento. ¿O es que vamos a seguir con este amor? Para usted, ser la amante sería un deshonor. A mí me gustaría ser su marido ante el templo santo y eterno. Entonces yo, aunque siempre me considere inferior a usted, aun así podría al menos mostrar abiertamente cuánto respeto a mi mujer…

A Katerina Lvovna se le nubló la mente con las palabras de Serguéi, con sus celos y su deseo de casarse con ella —un deseo que siempre agrada a una mujer, por breve que haya sido su relación con un hombre antes del

casamiento—. En ese momento, Katerina Lvovna estaba dispuesta a todo por Serguéi: al presidio, a la muerte. Él la había conquistado hasta tal punto que su lealtad hacia él no tenía límites. Se había vuelto loca de felicidad, su sangre hervía y ya no oía nada. Rápidamente le tapó a Serguéi la boca y, estrechando la cabeza de él contra su pecho, empezó a hablar:

—Ya sé cómo hacer de ti un mercader y empezar a vivir contigo como es debido. Y tú no me entristezcas en vano, aún no ha llegado nuestra hora.

Y volvieron los besos y las caricias.

En la calma nocturna, al viejo dependiente que dormía en el cobertizo le llegaba, a través de su profundo sueño, bien un cuchicheo mezclada con débiles risas, como cuando los niños traviesos deciden cómo pueden burlarse de un viejo debilucho, bien una carcajada sonora y alegre, igual que si unas rusalcas lacustres estuvieran haciendo cosquillas a alguien. Y todo el tiempo, bañada por la luz de la luna y rodando sobre la blanda alfombra, retozaba y jugueteaba Katerina Lvovna con el joven mozo que trabajaba para su marido. Cayeron, llovieron sobre ella las flores blancas nuevas del manzano frondoso, y

luego dejaron de caer. Mientras, la corta noche de verano avanzaba, la luna se ocultó tras el tejado empinado del almacén alto y contemplaba la tierra de reojo mientras palidecía a cada momento; desde el tejado de la cocina se elevó un estridente dúo gatuno; después resonó un escupitajo, un bufido enfadado y, a continuación, dos o tres gatos pateados rodaron por un haz de tablas apoyado en el tejado.

—Vamos a dormir —dijo Katerina Lvovna lentamente, como rota, mientras se levantaba de la alfombra y, tal como había estado echada, solo con la camisa interior y la enagua blanca, así echó a andar por el patio silencioso, tan silencioso como muerto, del mercader. Tras ella, Serguéi llevaba la alfombra y la blusa que ella, al retozar, se había quitado.

VII

Katerina Lvovna acababa de apagar la vela y de tenderse completamente desvestida sobre el blando colchón, cuando el sueño la envolvió. Tras tanto juego y retozo, Katerina Lvovna durmió profundamente, como una bendita, pero en sueños volvió a oír como si se abriera la puerta y un fardo pesado cayera sobre la cama, el gato de antes.

«Pero, bueno, ¿qué clase de castigo será este gato? —piensa Katerina Lvovna, cansada—. Yo misma cerré la puerta a propósito, eché la llave con mis propias manos, la ventana está cerrada, pero aquí lo tenemos. Voy a sacarlo fuera». Katerina Lvovna hizo esfuerzo por levantarse, pero sus dormidos brazos y piernas no la obedecían, y el gato camina sobre ella y ronronea algo enmarañado como si de nuevo estuviera pronunciando palabras humanas. Katerina Lvovna empezó a sentir un hormigueo.

«No —piensa—, ya está bien, mañana sin falta hay que esparcir agua bendita sobre la cama, porque este gato tan listo le ha encontrado el gusto a venir a verme».

Pero el gato ronroneaba en su oreja, le clavaba el morro y decía:

«¡Qué voy a ser un gato! ¿A qué santo? Bien sabes, Katerina Lvovna, que no soy un gato, sino el distinguido mercader Borís Timoféich. Entonces me puse tan malo que las tripas se me agrietaron por dentro por culpa de la comida de mi nuera. Por eso —ronroneaba—, me encogía por completo y ahora me presento como un gato ante alguien que no alcanza bien a entender quién soy en realidad. Bueno, Katerina Lvovna, ¿qué tal te va ahora aquí, en nuestra casa? ¿Cumples fielmente con tu deber? He venido adrede desde el cementerio para ver cómo Serguéi Filíppych y tú mantienen caliente la cama de tu marido. *Miau*, *miau*, y no veo nada. No me tengas miedo: con tu comida hasta los ojos se me salieron. Mírame a los ojos, querida, ¡no tengas miedo!».

Katerina Lvovna lo miró y gritó a voz en cuello; entre ella y Serguéi volvía a estar tumbado el gato, pero su cabeza era la de Borís Timoféich a tamaño natural,

igualita que la del difunto y, en lugar de ojos, ¡tenía aros ígneos que giraban y giraban en varias direcciones!

Serguéi se despertó, tranquilizó a Katerina Lvovna y volvió a dormirse, pero a ella se le quitó el sueño, y muy oportunamente.

Estaba echada con los ojos abiertos y, de pronto, le parece oír que alguien estaba saltando el portalón del patio. Los perros empezaron a agitarse, pero se calmaron; probablemente, les estaban acariciando. Pasó un minuto y abajo chasqueó el pasador de hierro, la puerta se abrió. «¿Me he imaginado o Zinovi Borísych ha regresado? Porque han debido de abrir la puerta con su llave de repuesto», pensó Katerina Lvovna y, precipitadamente, movió a empellones a Serguéi.

—Serguéi, escucha —dijo y ella misma se incorporó sobre el codo y aguzó el oído.

En efecto, por la escalera, en silencio y con pasos precavidos, alguien se aproximaba a la puerta cerrada del dormitorio.

Rápidamente, Katerina Lvovna saltó de la cama solo con la camisa y abrió la ventana. Al momento, Serguéi saltaba descalzo a la galería y se agarraba con las piernas a la columna por la que había bajado más de una vez desde el dormitorio del ama.

—No, no es necesario, ¡no lo es! Échate ahí…, no te vayas lejos —susurró Katerina Lvovna y le lanzó a Serguéi por la ventana su ropa y su calzado y ella volvió a colarse bajo la manta a esperar.

Serguéi obedeció a Katerina Lvovna; no se deslizó columna abajo, sino que se cobijó bajo las tablas de la galería.

Mientras, Katerina Lvovna oía a su marido acercándose a la puerta y contenía la respiración. Incluso podía oír cómo el corazón celoso de él latía acelerado, pero no era lástima, sino risa malvada lo que se apoderaba de Katerina Lvovna.

«Corres tras el viento si añoras el pasado», pensaba mientras sonreía y emanaba inocencia infantil.

Y siguió así unos diez minutos, pero finalmente Zinovi Borísych se cansó de estar tras la puerta y de oír cómo su esposa dormía, y llamó.

—¿Quién está ahí? —gritó Katerina Lvovna tomándose su tiempo y con voz como somnolienta.

—Uno de la casa —contestó Zinovi Borísych.

—¿Eres tú, Zinovi Borísych?

—¡Pues claro! ¿Es que no me has oído?

Katerina Lvovna se levantó tal como estaba, en camisa, dejó entrar a su marido en la estancia y volvió a zambullirse en la cama cálida.

—Justo antes del amanecer, suele hacer algo de frío —dijo ella mientras se arrebujaba en una manta.

Zinovi Borísych entró mirando en todas direcciones, pronunció una oración, encendió una vela y miró otra vez a su alrededor.

—¿Qué tal estás? —preguntó a su mujer.

—Bien —respondió Katerina Lvovna e, incorporándose un poco, empezó a ponerse un blusón de percal—. Habrá que preparar el samovar, ¿no? —preguntó ella.

—Está bien, avisa a Aksinia, que lo prepare.

Katerina Lvovna metió los pies descalzos en unos zapatones y salió corriendo. Estuvo media hora fuera. Durante ese tiempo, avivó ella misma el fuego del samovar y se acercó rápidamente y a hurtadillas a la galería a ver a Serguéi.

—Quédate aquí —susurró ella.

—¿Hasta cuándo? —preguntó Seriozha también en susurros.

—¡Ay, pero qué torpe eres! Hasta que yo te avise.

Y Katerina Lvovna le hizo sentarse en el mismo sitio de antes.

Desde aquí Serguéi podía oír todo lo que ocurría en el dormitorio. Volvió a oír el ruido de una puerta y a Katerina Lvovna subiendo con su marido. Se oía todo.

—¿En qué has estado atareada tanto tiempo? —le preguntó Zinovi Borísych a su mujer.

—He preparado el samovar —respondió ella tranquilamente.

Hubo una pausa. Serguéi pudo oír cómo Zinovi Borísych colgaba la levita en una percha. Y cómo luego se lavaba, resoplando y salpicando agua por todas partes, y pedía una toalla; volvieron las palabras.

—¿Cómo que enterró[3] a mi padre? —se interesó el marido.

—Suele hacerse así —dijo la mujer—, la gente se muere y se la entierra.

—¡Pues qué inesperado!

—Voluntad de Dios —respondió Katerina Lvovna y empezó a hacer ruido con las tazas.

---

3 El cambio de uso del *tú* al *usted* en este diálogo era muy habitual en ruso en el siglo XIX: se tratan de *tú* porque son marido y mujer, pero el marido pasa al *usted* para marcar quién tiene el poder, y ella pasa al *tú* cuando decide demostrarle que no le respeta.

Zinovi Borísych caminaba triste por la habitación.

—Bueno, ¿y qué tal aquí, cómo ha pasado el tiempo? —Zinovi Borísych siguió haciéndole preguntas a su mujer.

—Todos saben de mis alegrías, sin duda: no voy a bailes ni tampoco a teatros.

—Y pareciera que ver a tu marido tampoco te alegra mucho. —Empezó Zinovi Borísych mirándola de reojo.

—No somos unos jovencitos como para reencontrarnos sin juicio ni cabeza. ¿Cómo que no me alegro? Si estoy yendo y viniendo para complacerle.

De nuevo salió Katerina Lvovna en busca del samovar y de nuevo pasó un momento a ver a Serguéi, tiró de él y le dijo: «¡Estate atento, Seriozha!».

Serguéi no tenía ni idea de a dónde llevaría todo esto; sin embargo, se preparó.

Katerina Lvovna regresó, Zinovi Borísych estaba de rodillas sobre la cama y colgaba en la pared junto a la cabecera su reloj de plata atado a una cadenita de bolitas.

—Katerina Lvovna, ¿cómo que ha preparado la cama para dos si se encontraba sola? —le preguntó de repente a su mujer de forma algo extraña.

—Siempre lo he estado esperando —respondió Katerina Lvovna mirándole tranquilamente.

—Por lo que le estoy profundamente agradecido… Pero ¿de dónde ha salido esto que hay aquí, en el colchón?

Zinovi Borísych recogió de entre las sábanas el pequeño cinto de lana de Serguéi y lo sostuvo por un extremo a la altura de los ojos de su mujer.

Katerina Lvovna no vaciló lo más mínimo.

—Lo encontré en el jardín y me lo puse en la falda.

—¡Ajá! —dijo Zinovi Borísych con especial acento—, algo he oído yo también de sus faldas.

—¿Y qué es lo que has oído?

—Todo sobre sus buenas obras.

—De eso que dice no ha habido nada.

—Ya lo aclararemos, lo aclararemos todo —respondió Zinovi Borísych acercándole a su mujer la taza vacía.

Katerina Lvovna guardó silencio.

—Sacaremos a la luz toda la verdad sobre sus obras, Katerina Lvovna —volvió a decir Zinovi Borísych tras una larga pausa, alzando las cejas.

—No es que su Katerina Lvovna sea muy asustadiza. Eso no le da mucho miedo —respondió ella.

—¿Perdona? ¿Qué has dicho? —Zinovi Borísych levantó la voz.

—Nada, dejémoslo correr —respondió su mujer.

—¡Vaya lo que tenemos aquí! Te me has vuelto muy habladora.

—¿Y por qué no debería ser habladora? —replicó ella.

—Pues sí que has cambiado.

—No he cambiado nada. Resulta que alguien de lengua larga te va con un cuento ¡y yo tengo que soportar toda clase de injurias! ¡Eso sí que es nuevo!

—Nada de lenguas largas, ciertamente tus amoríos son conocidos.

—¿De qué amoríos hablas? —gritó Katerina Lvovna estallando de veras.

—Yo sé de cuáles.

—¿Ah, sí? ¿Lo sabe? ¡Pues hable claro!

Zinovi Borísych no abrió la boca y volvió a acercarle a su mujer la taza vacía.

—Está claro que no tiene nada que decir —insistió Katerina Lvovna con desprecio tras lanzar acalorada una cucharita al plato de su marido—. Bueno, dígalo, le han

ido con cuentos, ¿sobre quién? ¿Quién es ese amante que tengo?

—Lo sabrá, no tenga tanta prisa.

—¿Es que te han contado tonterías sobre Serguéi?

—Lo averiguaremos, ya lo averiguaremos, Katerina Lvovna. Nadie me ha quitado mi autoridad sobre usted y nadie puede quitármela… Usted sola lo dirá…

—¡Ay, no lo aguanto más! —exclamó Katerina Lvovna rechinando los dientes y, pálida como la cera, desapareció tras la puerta.

—Bueno, pues aquí está —decía pocos segundos después llevando a Serguéi del brazo y metiéndolo en la habitación—. Pregúntanos eso que sabes. Puede que averigües bastante más de lo que desearías.

Zinovi Borísych se quedó desconcertado. Miraba ya a Serguéi, que estaba bajo el dintel, ya a su mujer, sentada tranquilamente en el borde de la cama con los brazos cruzados, y no comprendía en modo alguno a dónde conduciría todo esto.

—¿Qué estás haciendo, víbora? —a duras penas consiguió articular sin levantarse del sillón.

—Pregunta sobre eso que sabes tan bien —respondió insolente Katerina Lvovna—. Pretendías asustarme amenazándome con azotes —continuó, habiendo pestañeado significativamente—, algo que nunca verás; pero resulta que, antes de esas promesas tuyas, yo ya sabía qué hacer contigo, y eso es lo que haré.

—¿Qué es esto? ¡Fuera! —gritó Zinovi Borísych a Serguéi.

—¡Por supuesto! —le imitó Katerina Lvovna.

Cerró la puerta con destreza, se guardó la llave en el bolsillo y volvió a apoyarse en la cama en camisola.

—Venga, Serióžhechka, ven aquí, ven, corazón —hizo un gesto al dependiente para que se le acercara.

Serguéi agitó sus rizos y, sin vacilar, se sentó junto a su señora.

—¡Válgame Dios! Pero ¿qué significa todo esto? ¿Qué están haciendo, bárbaros? —gritó Zinovi Borísych todo encarnado mientras se levantaba del sillón.

—¿Qué ocurre? ¿No es de tu agrado? Pero mira, mira, mi brillante halcón, ¡qué maravilla!

Katerina Lvovna se echó a reír y besó apasionadamente a Serguéi en presencia de su marido.

Al momento, su mejilla ardía a causa de una bofetada que la dejó aturdida y Zinovi Borísych se abalanzó sobre la ventana abierta.

VIII

—Ah… ¡Ajá!… Bien, querido amigo, tienes mi gratitud. ¡Eso es lo que estaba esperando! —gritó Katerina Lvovna—. Ahora ya está claro…, va a ser a mi manera, no a la tuya…

Con un único movimiento apartó a Serguéi, se lanzó sobre su marido y, antes de que Zinovi Borísych llegara a la ventana, le agarró desde atrás por el cuello con sus dedos finos y, como si fuera un haz de cáñamo húmedo, lo tiró al suelo.

Tras desplomarse pesadamente y darse un golpetazo en la nuca contra el suelo, Zinovi Borísych perdió la cabeza por completo. Nunca se hubiera esperado un desenlace tan rápido. Esta primera muestra de violencia que había usado su mujer contra él le demostró que estaba dispuesta a todo con tal de librarse de él y que, en ese momento, estaba en una situación extremadamente peligrosa. Todo esto lo comprendió Zinovi Borísych enseguida, mientras caía, y no dejó escapar ningún grito, pues sabía que su voz no llegaría a oídos de nadie y sí

que precipitaría el asunto. En silencio, recorrió con la mirada todo a su alrededor y con expresión de cólera, reproche y sufrimiento la detuvo en su mujer, cuyos finos dedos le oprimían el cuello con fuerza. Zinovi Borísych no se defendió; sus brazos, con los puños firmemente apretados, estaban totalmente extendidos y se contraían espasmódicamente. Uno estaba libre del todo, el otro lo aplastaba contra el suelo la rodilla de Katerina Lvovna.

—Sujétalo —le susurró impasible a Serguéi mientras ella se giraba de frente a su marido.

Serguéi se sentó sobre su amo, le aplastó ambos brazos con las rodillas y pretendía agarrarle el cuello por debajo de las manos de Katerina Lvovna, pero en ese mismo momento se le escapó un grito tremendo. Al ver a su ofensor, la venganza de la sangre alimentó las últimas fuerzas de Zinovi Borísych: se sacudió con fuerza, sacó los brazos aplastados de debajo de las rodillas de Serguéi y, aferrándose a los rizos negros de este, le mordió en el cuello como una fiera. Pero no duró mucho tiempo; al poco Zinovi Borísych empezó a gemir penosamente y dejó caer la cabeza.

Katerina Lvovna, pálida, casi sin respirar, estaba junto a su marido y a su amante, en la mano derecha tenía un pesado candelabro de hierro fundido que sujetaba del extremo superior, con la parte maciza hacia abajo. Por la sien y la mejilla de Zinovi Borísych, corría un hilillo fino de sangre bermellón.

—Un pope… —gimió sordamente Zinovi Borísych mientras, con aversión, intentaba apartarse de Serguéi, que estaba sentado encima de él—. Confesión… —articuló de forma menos inteligible aún, temblando y mirando de reojo la sangre caliente que se espesaba bajo el cabello.

—También estarás bien sin él —murmuró Katerina Lvovna—. Vale ya de perder el tiempo —le dijo a Serguéi—. Agárrale bien del cuello.

Zinovi Borísych se quedó ronco.

Katerina Lvovna se inclinó, apretó con sus manos las manos de Serguéi, que cubrían el cuello de su marido, y apoyó el oído en su pecho. Pasados cinco minutos, se incorporó y dijo:

—Es suficiente, ya está.

Serguéi también se levantó y resopló. Zinovi Borísych yacía muerto con el cuello despachurrado y la sien abierta. Debajo de la cabeza, en el lado izquierdo, había una mancha pequeña de sangre; sin embargo, esta ya no manaba de la herida coagulada y taponada por el pelo.

Serguéi bajó a Zinovi Borísych a la despensa dispuesta en el sótano del mismo almacén de piedra donde tan recientemente le había encerrado a él el difunto Borís Timoféich; después regresó al *térem*. Entre tanto, Katerina Lvovna, con las mangas de la camisola remangadas y el dobladillo bien subido, limpiaba minuciosamente con un estropajo y jabón la mancha de sangre dejada por Zinovi Borísych en el suelo de la alcoba. Aún no había llegado a enfriarse el agua del samovar con el que Zinovi Borísych había calentado con té envenenado su alma de dueño y señor, cuando la mancha salió sin dejar rastro.

Katerina Lvovna recogió el cuenco de cobre y el estropajo con jabón.

—A ver, dame luz —le dijo a Serguéi camino de la puerta—. Más abajo, la luz más abajo —decía mientras

revisaba atentamente todas las tablas por las que Serguéi había arrastrado a Zinovi Borísych hasta el foso.

Solo en dos puntos del suelo pintado había dos manchas minúsculas del tamaño de una guinda. Katerina Lvovna las frotó con el estropajo y estas desaparecieron.

—Mira lo que te ha pasado; eso por colarte en el dormitorio de tu mujer como un ladrón por acechar —dijo Katerina Lvovna irguiéndose y mirando hacia el almacén.

—Será mi ruina —dijo Serguéi y tembló ante el sonido de su propia voz.

Cuando regresaron al dormitorio, una línea fina y sonrosada del alba empezaba a despuntar por el este y se colaba por entre los barrotes verdes de la cerca del jardín hasta la habitación de Katerina Lvovna, dorando suavemente los manzanos cubiertos de flores.

En el patio, el viejo dependiente, persignándose y bostezando, se arrastraba desde el cobertizo a la cocina con un abrigo corto echado sobre los hombros.

Katerina Lvovna cerró con cuidado el postigo tirando de la cuerda y observó atentamente a Serguéi, como si deseara penetrar su alma.

—Ahora tú serás el mercader —dijo apoyando sus manos blancas en los hombros de Serguéi.

Serguéi no la respondió.

Los labios de Serguéi temblaban y a él mismo le atacó un temblor. La boca de Katerina Lvovna se había vuelto fría.

Dos días después, en las manos de Serguéi aparecieron unos callos grandes a causa de una palanca y una pala pesada; sin embargo, Zinovi Borísych estaba tan bien oculto en la despensa que, sin la ayuda de su mujer o del amante de esta, nadie sería capaz de encontrarlo antes de la resurrección de los muertos.

IX

Serguéi caminaba con un pañuelo color punzó enrollado en el cuello y se quejaba de que algo le hacía daño en la garganta. Pero antes de que llegaran a cicatrizar las marcas dejadas por los dientes de Zinovi Borísych en el cuello de Serguéi, se empezó a echar en falta al marido de Katerina Lvovna. El propio Serguéi empezó a hablar de él con mayor frecuencia que el resto. Se sentaba por las tardes con los jóvenes en un banco junto a la cancela y empezaba: «Bueno, chicos, ¿y cómo es que a estas alturas el señor no ha regresado?».

Los otros jóvenes también estaban sorprendidos.

Y entonces desde el molino llegó la noticia de que el amo había alquilado unos caballos y que hacía tiempo que había partido por el camino que iba a su casa. El cochero que lo había llevado decía que Zinovi Borísych parecía estar trastornado y dejó que se fuera de una forma un poco extraña: no estaban ni a tres verstas de la ciudad, cerca del monasterio, cuando se bajó del carro, cogió su

talega de cuero y echó a andar. Al oír esta historia, todos se sorprendieron aún más.

Zinovi Borísych había desaparecido; no había nada más que decir.

Salieron en su búsqueda, pero no encontraron nada: pareciera que al mercader se lo hubiera tragado la tierra. De la declaración del cochero, al que habían arrestado, solo se sabía que cerca del monasterio, a orillas del río, él se había apeado y había echado a andar. El asunto no se aclaró y, mientras, Katerina Lvovna continuó su vida junto a Serguéi, libre, gracias a su condición de viuda. Muchos se aventuraron a decir que Zinovi Borísych estaba aquí o allá, pero este seguía sin regresar y Katerina Lvovna sabía mejor que nadie que no había forma de que pudiera regresar.

Pasó un mes, otro y un tercero, y Katerina Lvovna empezó a sentirse grávida.

—Tendremos un tesoro, Seriózhechka. Viene un heredero —le dijo a Serguéi y fue a lamentarse a la Duma de esto y de lo otro: que sentía que estaba embarazada, y

que el negocio estaba empezando a estancarse, y que le dieran acceso a todo.

No iban a dejar que se echara a perder la casa. Katerina Lvovna era la mujer legítima de su marido; no había deudas a la vista y, por consiguiente, tendrían que dárselo. Y se lo dieron.

Vivía Katerina Lvovna, gobernaba, y a Serguéi, a su lado, empezaron a llamarle Serguéi Filíppych; y, de pronto, sin saber cómo ni cuándo, ocurrió una nueva desgracia. Al regidor le llega una carta desde Livny: no todo el dinero con el que comerciaba Borís Timoféich era suyo, más que dinero propio, lo que movía era el dinero de Fiódor Zajárov Liamin, un sobrino suyo menor de edad, y había que aclarar el asunto y no entregarle todo a Katerina Lvovna. Cuando se supo la noticia, el regidor lo habló con Katerina Lvovna y, más o menos una semana después, ¡*zas*!, de Livny llegó una viejecita con un niño pequeño.

—Soy la prima del difunto Borís Timoféich —le dice—, y este es mi sobrino Fiódor Liamin.

Katerina Lvovna los recibió.

Serguéi, que observaba desde el patio la llegada y el recibimiento que hizo Katerina Lvovna a los viajeros, se puso pálido como un lienzo.

—¿Qué te pasa? —le preguntó la dueña al reparar en esa palidez mortal cuando este entró tras los viajeros y se detuvo en el recibidor a observarlos.

—Nada —respondió el dependiente mientras se volvía desde el recibidor al porche—. Pienso en lo sorprendente que es esto de Livny —concluyó suspirando mientras cerraba tras de sí la puerta del recibidor.

—Bueno, ¿y ahora qué va a pasar? —preguntó Serguéi Filíppych a Katerina Lvovna esa noche, junto al samovar—. Porque ahora, Katerina Lvovna, todas nuestras cosas se convertirán en cenizas.

—¿Y por qué en cenizas, Seriozha?

—Pues porque ahora se va a repartir todo y nosotros, ¿qué vamos a administrar, naderías?

—¿Es que es poco para ti, Seriozha?

—No estoy hablando de lo que me va a quedar a mí, es solo que me han entrado dudas sobre nuestra felicidad.

—¿Y eso por qué, Seriozha, por qué no vamos a ser felices?

—En mi amor por usted, Katerina Lvovna, yo deseaba verla como una auténtica señora y no como había vivido antes —respondió Serguéi Filíppych—. Y resulta que ahora va a ser al revés, que al menguar la fortuna, vamos a tener un nivel más bajo en comparación con el de antes.

—Pero ¿para qué quiero yo todo esto, Seriózhechka?

—Puede que no sea para nada de su interés, Katerina Lvovna, pero por el respeto que la tengo, y de nuevo al contrario que las personas ruines y envidiosas, para mí es terriblemente doloroso. Usted verá, desde luego, pero yo considero, yo lo veo así, que bajo estas circunstancias no puedo ser feliz.

Y siguió Serguéi con su cantinela y le decía a Katerina Lvovna que por culpa de Fedia Liamin iba a convertirse en el ser más infeliz, privado de la posibilidad de ensalzarla y distinguirla ante todo el gremio de mercaderes. Y en

todas sus conversaciones Serguéi llegaba a que, de no ser por ese Fedia, Katerina Lvovna daría a luz antes de los nueve meses desde la desaparición de su marido, heredaría toda su fortuna y entonces su felicidad no tendría término ni medida.

X

Pero luego Serguéi repentinamente dejó de hablar del heredero. En cuanto cesaron los discursos en boca de Serguéi, Fedia Liamin se metió en la cabeza y en el corazón de Katerina Lvovna. Tan meditabunda estaba que incluso dejó de mostrarse cariñosa con Serguéi. Ya estuviera durmiendo u ocupada en las tareas de la casa, o cuando rezaba, en su cabeza solo había una cosa: «¿Será posible? En realidad, ¿por qué tengo que perder mi fortuna por su culpa? He sufrido tantísimo, mi alma ha asumido tantos pecados —pensaba Katerina Lvovna— y él sin ningún desvelo viene y me quita… Si al menos fuera un hombre hecho y derecho, pero es un niño, es tan pequeño…».

Y llegaron las primeras heladas. De Zinovi Borísych no llegaron rumores desde ningún lugar, naturalmente. Katerina Lvovna engordaba y seguía cavilando. En la ciudad chisporroteaban las lenguas esforzándose por entender cómo y por qué la joven Izmáilova, siempre baldía, siempre delgada y flacucha, de repente había empezado a hincharse por delante. Y el otro heredero,

el mozo Fedia Liamin, correteaba en el patio con una chaqueta ligera de piel de ardilla y rompía los baches llenos de hielo.

—Vaya, Fiódor Ignátych, vaya hijo de un mercader —solía gritarle la cocinera Aksinia cuando cruzaba el patio corriendo—. ¿Te parece adecuado que tú, el hijo de un mercader, saltes de charco en charco?

Y el otro heredero, que había alterado a Katerina Lvovna y a su amante, seguía dando saltos como un cabritillo, sin preocupaciones; y aún más sosegadamente dormía junto a la abuela que lo había criado, sin sospechar ni pensar siquiera en que se había cruzado en el camino de alguien ni en que había hecho disminuir la felicidad de nadie.

Finalmente, Fedia pescó la viruela loca, a la que se añadió dolor en el pecho causado por un resfriado, y el niño guardó cama. Al principio, le curaron con hierbas varias y después enviaron en busca de un médico.

El médico venía, recetaba medicinas, se las daban cada hora, unas veces la abuela, otras se lo pedía a Katerina Lvovna.

—Sírvete hacerlo, Katerínushka —decía—; tú también eres una mujer con una carga, madre, estás esperando el juicio de Dios; sírvete hacerlo.

Katerina Lvovna no se negó. Si la anciana se iba a las vísperas a rezar por «el mozo Fiódor, quien guarda cama, enfermo» o a la primera misa a ofrecer un donativo por él, Katerina Lvovna se sentaba junto al enfermo y le daba de beber y las medicinas a su hora.

Y así, se fue la anciana a la misa de tarde y a la vigilia de la Presentación de la Virgen y le pidió a Katerínushka que cuidara de Fiódiushka. Por entonces el niño ya había empezado a restablecerse.

Katerina Lvovna entró a la habitación de Fedia. Este estaba sentado en la cama con la chaqueta de ardilla puesta y leía *Vida y hechos*.

—¿Qué estás leyendo, Fedia? —le preguntó Katerina Lvovna, tras acomodarse en un sillón.

—Vidas de los santos, tía.

—¿Te entretiene?

—Mucho, tía, mucho.

Katerina Lvovna se apoyó en una mano y se puso a observar los labios de Fedia moviéndose y, de repente, fue como si unos demonios hubieran roto sus cadenas y en su interior se posaron de golpe los antiguos pensamientos sobre todo el mal que ese niño le iba a causar y lo bien que estaría si él no existiera.

—A lo mejor no es necesario… —le daba vueltas Katerina Lvovna—, está enfermo, le estamos dando medicinas…, quizá la enfermedad sola… Quizá el médico no le haya ofrecido las medicinas adecuadas.

—¿Ya tienes que tomarte la medicina, Fedia?

—Démelas, tía —respondió el niño y, tras sorber la cucharita, añadió—: Está muy entretenido, tía, habla de los santos.

—Lee, lee —dijo Katerina Lvovna y, recorriendo con mirada fría la habitación, se fijó en las ventanas llenas de dibujos creados por el hielo—. Tengo que ordenar que cierren las ventanas. —Se fue al salón y desde aquí subió a su habitación, y se sentó un momento.

Unos cinco minutos más tarde, Serguéi entraba allí en silencio vistiendo un abrigo corto de zalea con ribetes de oso marino afelpado.

—¿Han cerrado las ventanas? —le preguntó Katerina Lvovna.

—Sí —respondió Serguéi con brusquedad, espabiló una vela con unas tenacillas y se quedó junto a la estufa.

Se hizo el silencio.

—¿La vigilia de hoy acabará pronto? —preguntó Katerina Lvovna.

—Mañana hay fiesta mayor, el servicio será largo —respondió Serguéi.

De nuevo una pausa.

—Bajaré a ver a Fedia, está solo —dijo Katerina Lvovna poniéndose de pie.

—¿Solo? —preguntó Serguéi mirándola de reojo.

—Sí —respondió ella en un susurro—, ¿por?

Y entre sus miradas fulguró como una red instantánea, pero ninguno de los dos dijo una palabra más.

Katerina Lvovna bajó, deambuló por las habitaciones vacías; todo estaba en calma; las lamparillas ardían serenas, en las paredes se desvanecía su propia sombra; las ventanas con los postigos cerrados empezaban a deshelarse y a llorar. Fedia estaba sentado leyendo. Al ver a Katerina Lvovna, al punto, dijo:

—Tía, ponga ahí el libro, por favor, y páseme el que está en la urna de los iconos.

Katerina Lvovna cumplió el ruego de su sobrino y le acercó el libro.

—¿No deberías dormir, Fedia?

—No, tía, voy a esperar a mi abuela.

—¿Para qué vas a esperarla?

—Me ha prometido pan bendecido de la vigilia.

Katerina Lvovna palideció repentinamente. Su criatura se había movido por primera vez en su interior y algo frío le golpeó en el pecho. Se quedó un momento parada en medio de la habitación y salió restregándose las manos congeladas.

—¡Venga! —susurró tras haber subido en silencio a su dormitorio y encontrarse a Serguéi como antes, junto a la estufa.

—¿Qué pasa? —se oyó apenas preguntar a Serguéi, atragantado.

—Está solo.

La expresión de Serguéi cambió y empezó a respirar con dificultad.

—Vamos —dijo Katerina Lvovna girándose bruscamente hacia la puerta.

Serguéi se quitó rápidamente las botas y preguntó:

—¿Qué llevo?

—Nada —respondió Katerina Lvovna de una sola aspiración y, en silencio, lo llevó de la mano.

XI

El niño enfermo se estremeció y dejó el libro sobre las rodillas cuando Katerina Lvovna entró a verlo por tercera vez.

—¿Qué te pasa, Fedia?

—Ay, no sé por qué, tía, pero me he asustado —respondió este sonriendo inquieto y pegándose al rincón de la cama.

—¿De qué te has asustado?

—¿Quién era ese que iba con usted, tía?

—¿Dónde? Cielo, si conmigo no venía nadie.

—¿Nadie?

El niño se estiró hacia los pies de la cama y, entornando los ojos, miró la puerta por la que había entrado su tía. Se tranquilizó.

—Habrán sido figuraciones mías —dijo.

Katerina Lvovna se apoyó en la pared de la cabecera de la cama de su sobrino.

Fedia miró a su tía y le señaló que estaba muy pálida.

En respuesta a esta observación, Katerina Lvovna tosió arbitrariamente y observó expectante la puerta del salón. Acababa de chirriar una de sus tablas.

—Estoy leyendo la vida de mi santo, de Fiódor Stratilat[4], tía, de cómo complació a Dios.

Katerina Lvovna guardaba silencio.

—Tía, ¿quiere sentarse y que se lo lea? —Su sobrino intentaba mostrarse cariñoso con ella.

—Espera, ahora me siento, pero voy a colocar la lámpara de la sala —respondió Katerina Lvovna y salió precipitadamente. En el salón se oyó un murmullo bajísimo, pero, en el silencio general, este llegó hasta el oído fino del niño.

4 Teodoro Stratelates o Teodoro de Heraclea.

—¡Tía! ¿Qué ocurre? ¿Con quién está cuchicheando? —exclamó el niño entre lágrimas—. Venga aquí, tía, tengo miedo —la llamó incluso más lloroso al poco, pues al niño pequeño le había parecido que el «¡venga!» de Katerina Lvovna en el salón era para él.

—¿De qué tienes miedo? —le preguntó Katerina Lvovna con voz un poco ronca mientras entraba con paso valiente, decidido, y se detenía junto a la cama, de forma que su cuerpo ocultara al niño la puerta del salón—. Acuéstate —le dijo a continuación.

—No quiero, tía.

—Sí, Fedia, obedece. A dormir… Es la hora… Acuéstate —repitió Katerina Lvovna.

—Pero, tía, ¿por qué? ¡No tengo ninguna gana!

—Nada, ahora a dormir, a dormir —dijo Katerina Lvovna con voz otra vez diferente, suave, y tras coger al niño por debajo del brazo, lo colocó en la cabecera.

En ese momento, Fedia lanzó un grito fortísimo: había visto entrar a Serguéi, pálido, descalzo.

Katerina Lvovna tapó la boca abierta por el espanto del asustado niño y gritó:

—¡Vamos, rápido! ¡Sujétale bien para que no patalee!

Serguéi agarró a Fedia por los brazos y las piernas. Mientras, Katerina Lvovna en un único movimiento cubrió la carita infantil del mártir con una gran almohada de plumas y la aplastó con su pecho firme, elástico.

En la habitación se instaló un silencio sepulcral que duró unos cuatro minutos.

—Se acabó —susurró Katerina Lvovna y apenas se había incorporado para poner todo en orden cuando los muros de la casa silenciosa, que tantos crímenes ocultaba, empezaron a temblar por culpa de unos golpes ensordecedores. Las ventanas tintineaban, los suelos ondeaban, las cadenas de las que pendían las lamparillas temblaban y vagaban por las paredes formando sombras fabulosas.

Serguéi empezó a temblar y echó a correr como loco. Katerina Lvovna se lanzó tras él. Y el ruido y la algarada los

siguieron. Parecía que fuerzas sobrenaturales estuvieran sacudiendo la casa pecadora hasta los cimientos.

Katerina Lvovna temía que, acosado por el miedo, Serguéi saliera corriendo al patio y, de lo espantado que estaba, se descubriera. Pero este había corrido directamente a la torre.

Como subía por la escalera corriendo y a oscuras, Serguéi se golpeó la frente contra la puerta semiabierta y con un gemido cayó hacia abajo, completamente enloquecido por un miedo supersticioso.

—¡Zinovi Borísych, Zinovi Borísych! —farfullaba mientras volaba cabeza abajo por la escalera y arrastraba tras de sí a una derribada Katerina Lvona.

—¿Dónde? —preguntó esta.

—¡Ahí, volando sobre nosotros en una lámina! ¡Ahí está otra vez! ¡Ay, ay! —gritó Serguéi—. ¡Está tronando, vuelve a tronar!

Ahora estaba clarísimo que numerosas manos golpeaban las ventanas desde la calle y que alguien intentaba forzar la puerta.

—¡Imbécil! ¡Levántate, imbécil! —le gritó Katerina Lvovna y tras estas palabras se movió ligera hasta la habitación de Fedia, recostó su cabeza muerta en una posición más natural, de durmiente, sobre la almohada y con mano firme abrió la puerta por la que quería entrar muchísima gente.

La visión era terrible. Katerina Lvovna miró por encima de la multitud que asediaba el porche mientras filas enteras de desconocidos escalaban la tapia alta y en la calle se alzaba un gemido de murmullos humanos.

A Katerina Lvovna no le había dado tiempo de entender nada cuando la gente que rodeaba el porche la arrolló y se dirigió a los dormitorios.

XII

Y he aquí cómo llegó a organizarse todo este jaleo: en la vigilia de una de las doce festividades mayores, en todas las iglesias de la ciudad provincial, pero aun así bastante grande y mercantil, en la que vivía Katerina Lvovna, había muchísima gente, y en la iglesia de la Presentación de la Virgen ya ni siquiera una manzana habría tenido dónde caerse. Aquí era habitual que cantaran coros formados por jóvenes mercaderes y dirigidos por un capiscol, especial amante también del arte vocal.

Nuestro pueblo es devoto, solícito a acudir a la iglesia de Dios y, por todo esto, es un pueblo artístico en su justa medida: la magnificencia eclesiástica y los cantos armoniosos y organísticos eran uno de sus placeres más elevados y puros. Allí donde cantaba un coro, allí se reunía casi la mitad de la ciudad, sobre todo, la juventud relacionada con el comercio —dependientes, recaderos, mozos, artesanos de fábricas y talleres—, así como los señores con sus caras mitades: todos se apelotonaban en una única iglesia. Todos querían quedarse aunque fuera en el pórtico o junto a una ventana, bajo un calor infernal

o un frío punzante, para oír cómo sonaba una octava mientras un tenor agudo modulaba las apoyaturas más singulares.

En la iglesia parroquial de la casa de los Izmáilov, había un altar en honor de la presentación en el templo de la Santísima Virgen, y de ahí que por la tarde, la víspera de dicha fiesta, en el mismo momento del suceso con Fedia antes descrito, los jóvenes de toda la ciudad estaban en esa iglesia y, mientras la multitud se dispersaba, comentaba las cualidades del conocido tenor y las torpezas ocasionales del igualmente conocido bajo.

Pero no todos estaban ocupados en cuestiones vocales, también había un grupo de gente a la que le interesaban otras cuestiones.

—Bueno, amigos, también se cuentan cosas asombrosas de la joven Izmáilija —comentó al aproximarse a la casa de los Izmáilov, un joven maquinista traído de San Petersburgo por un mercader para su molino a vapor—. Cuentan que está a todas horas con Seriozhka, el dependiente, que tiene un amorío con él…

—Todo el mundo lo sabe —respondió uno que vestía una chaqueta con forro de nanquín azul—. Por lo visto, hoy no ha estado en la iglesia.

—¿Cómo va a ir a la iglesia? Esa mujer malvada está tan echada a perder que no tiene miedo ni a Dios ni a su conciencia ni a las miradas de la gente.

—Fíjate, hay luz en la casa —señaló el maquinista señalando la franja iluminada entre los postigos.

—Ve a mirar por la rendija a ver qué están haciendo —se levantaron varias voces.

El maquinista se apoyó en dos hombros amigos y no había hecho más que apoyar la mirada a la hoja de los postigos cuando dijo a grito pelado:

—¡Hermanos, amigos! ¡Están ahogando a alguien! ¡Lo están ahogando! —Y el maquinista empezó a golpear con las manos el postigo.

Unas diez personas siguieron su ejemplo y, saltando hasta las ventanas, empezaron a usar sus puños.

La multitud aumentaba por momentos y entonces se dio el asedio a la casa de los Izmáilov que ya conocemos.

—Lo he visto…, lo he visto con mis propios ojos… —atestiguaba el maquinista junto al cuerpo sin vida de Fedia—. El niño estaba tumbado en la cama y ellos dos lo estaban ahogando.

A Serguéi se lo llevaron detenido esa misma noche y a Katerina Lvovna la condujeron a la habitación de arriba y le pusieron dos centinelas.

En casa de los Izmáilov hacía un frío insoportable; las estufas no ardían, la puerta no paraba ni un momento, a una muchedumbre de curiosos le seguía otra. Todos venían a ver a Fedia en su féretro y otro ataúd grande que tenía por tapa una sábana gruesa tensada. En la frente, Fedia tenía una cinta de raso con la que se ocultaba el costurón rojo que le había quedado después de que le abrieran el cráneo. El procedimiento forense descubrió que Fedia había muerto por asfixia y Serguéi fue conducido hasta el cadáver. Y ante las primeras palabras de un sacerdote sobre el terrible juicio y castigo que aguardaba a quien no se arrepentía, se deshizo en lágrimas y no solo confesó francamente el asesinato de Fedia, sino

que pidió que desenterraran a Zinovi Borísych, quien yacía bajo tierra sin sepultura. El cuerpo del marido de Katerina Lvovna, soterrado en arena seca, aún no estaba del todo descompuesto; lo sacaron y lo colocaron en el ataúd grande. Para espanto de todos, Serguéi citó a la joven señora como participante en ambos crímenes. Katerina Lvovna respondió a todas las preguntas con un «no sé nada de nada». Hicieron que Serguéi demostrara su culpabilidad en un careo. Al oír la confesión de este, Katerina Lvovna lo miró con mudo asombro, pero sin ira, y después dijo impasible: «Si él ha tenido a bien decir eso, no voy a empeñarme en lo contrario: yo lo maté».

—Pero ¿por qué? —le preguntaron.

—Por él —respondió ella señalando a un cabizbajo Serguéi.

Los criminales fueron enviados a diferentes presidios y este terrible asunto, que se había ganado la atención y la indignación de todos, se resolvió con gran rapidez. A finales de febrero en el Palacio de Justicia se les anunció a Serguéi y a Katerina Lvovna, viuda de un comerciante de tercer grado, que se había dictaminado castigarles a flagelo en la plaza

del mercado de la ciudad y enviarles después a trabajos forzados. A principios de marzo, en una mañana fría, heladora, el verdugo contó una cantidad determinada de cicatrices moradas en la espalda blanca y desnuda de Katerina Lvovna. Después, marcó otra ración de golpes en los hombros de Serguéi y selló su bonita cara con las tres marcas de los trabajos forzados.

En todo este tiempo, por alguna razón, Serguéi despertó bastante más compasión general que Katerina Lvovna. Sucio y ensangrentado, se cayó al bajar del cadalso ennegrecido, mientras que Katerina Lvovna bajó en silencio, intentando simplemente que la camisa gruesa y el tabardo áspero de presa no le tocaran la espalda desgarrada.

Incluso en el hospital del presidio, cuando le entregaron el niño, solo dijo: «¡Al diablo con él!» y, dándose la vuelta hacia la pared, sin ningún gemido ni ninguna queja, se dejó caer sobre el duro catre.

XIII

La partida de presos que les tocó a Serguéi y Katerina Lvovna emprendió la marcha cuando la primavera había empezado en el calendario, pero el sol, según un dicho popular, «brillaba con fuerza, pero no calentaba».

El hijo de Katerina Lvovna fue entregado para su crianza a una anciana hermana de Borís Timoféich, puesto que al ser considerado hijo legítimo del marido asesinado, el niño había quedado como único heredero de todos los bienes de los Izmáilov. Katerina Lvovna estaba muy contenta por eso y entregó el niño con bastante indiferencia. El amor por el padre, al igual que el amor de numerosas mujeres apasionadas en exceso, no se había transmitido en proporción alguna al hijo.

Además, para ella no existía ni la luz ni la oscuridad, ni el bien ni el mal, ni el tedio ni la alegría. No entendía nada, no quería a nadie, ni siquiera a sí misma. Solo aguardaba impaciente que la partida se pusiera en marcha, pues esperaba verse con su Seriozha, y hasta dejó de pensar en el niño.

Las esperanzas de Katerina Lvovna no se vieron defraudadas: fuertemente encadenado, el marcado Serguéi salió por la puerta del presidio en la misma partida que ella.

El hombre se acostumbra, en la medida de lo posible, a cualquier situación desagradable y en cada situación mantiene, en la medida de lo posible, la facultad de perseguir sus escasas alegrías. Pero Katerina Lvovna no tuvo que adaptarse a nada: fue a ver de nuevo a Serguéi y el camino para cumplir condena resplandeció de felicidad.

Pocas cosas de valor llevaba Katerina Lvovna en el saco de paño y aún menos dinero contante. Pero todo esto se lo había entregado a los suboficiales ya mucho antes de haber llegado a Nizhni a cambio de la posibilidad de hacer el camino bien cerca de Serguéi y, en la noche cerrada, de abrazarse a él una horita en un rincón frío de los pasillos estrechos de las etapas.

Solo que el amigo marcado de Katerina Lvovna se había vuelto poco cariñoso con ella: dijera lo que dijera, siempre era de mala manera; no valoraba esos encuentros secretos por los que ella, que ni comía ni bebía, estaba

entregando hasta el más necesario *chetvertak* de su pobre monedero y más de una vez le dijo: «En vez de frotar los rincones del pasillo conmigo, ya podías haberme ofrecido a mí el dinero que le has dado a ese».

—Solo le he dado un *chetvertak*, Seriózhechka. —Se justificaba Katerina Lvovna.

—¿Y acaso un *chetvertak* no es dinero? Muchos *chetvertki* has sacado ya en el camino, y bastantes has repartido.

—Y por eso hemos podido vernos, Seriozha.

—Ya ves, menuda alegría verse después de tanto sufrimiento; maldita sea mi vida y malditos estos encuentros.

—Pues a mí todo me da igual, Seriozha, con tal de poder verte.

—No dices más que tonterías —respondió Serguéi.

A veces, Katerina Lvovna se mordía los labios hasta hacerse sangre ante estas respuestas; pero, otras veces,

lágrimas de rabia y despecho brotaban de unos ojos poco llorones en la oscuridad de sus encuentros nocturnos. Pero seguía soportándolo, seguía guardando silencio y engañándose a sí misma.

Y así, en medio de esta relación nueva entre ellos, llegaron hasta Nizhni. Aquí su partida se unió a otra que se dirigía a Siberia por el camino de Moscú.

Era una partida grande y entre la multitud de gente de todo tipo de la sección de mujeres habían dos muy interesantes: una era Fiona, la mujer de un soldado de Yaroslavl, una mujer realmente maravillosa, espléndida, alta, con una trenza negra y espesa y ojos marrones y lánguidos y cubiertos, cual velo misterioso, por unas pestañas abundantes. La otra era una rubia de diecisiete años de rostro afilado y piel rosada y delicada, boca diminuta, hoyuelos en las mejillas lozanas y rizos castaño dorado que sobresalían caprichosamente por debajo de su pañuelo de paño tosco de presa. A esta muchacha, en la partida la llamaban Sonetka.

La bella Fiona era de costumbres blandas y perezosas. En su partida todos la conocían y ninguno de los hombres se alegraba especialmente cuando tenía éxito con ella, al

igual que ninguno se afligía al ver que ella le regalaba ese mismo éxito a otro buscador.

—Nuestra Fiona es mujer de hacer el bien: a nadie le hace agravios —bromeaban los presos a coro.

Pero Sonetka era otro cantar. De ella, decían:

—Es como la hiedra: se enreda y enreda, pero lo que se dice dar, no da nada.

Sonetka tenía gusto, ponía mucho celo en su elección, puede que incluso fuera muy estricta: quería que la pasión le llegara no de forma sencilla, sino con un aderezo picante, aromático, con sufrimiento y sacrificios; mientras que Fiona era la simplicidad rusa, perezosa hasta para decir «largo de aquí», y lo único que sabía es que era una hembra. Las mujeres así son muy valoradas entre las bandas de ladrones, en las partidas de presos…

La aparición de estas dos mujeres en la partida de Serguéi y Katerina Lvovna supuso una tragedia para esta última.

XIV

Ya desde los primeros días de marcha conjunta de las dos partidas unidas entre Nizhni y Kazán, Serguéi empezó de forma visible a buscar las simpatías de la soldado Fiona y no sufrió en vano. La bella y lánguida Fiona no atormentó a Serguéi: dada su bondad, no atormentaba a nadie. Bien temprano, en el crepúsculo de la tercera o cuarta etapa, Katerina Lvovna había arreglado gracias a un soborno un encuentro con Serióżhechka y estaba tumbada sin dormir; esperaba a que, de un momento a otro, apareciera el suboficial de guardia, le diera unos golpecitos y le susurrara: «¡Corre, date prisa!». La puerta se abrió y una mujer se escapó al pasillo; se abrió una vez más y otra presa saltó veloz del jergón y también desapareció tras su guía. Al fin, tiraron del tabardo con el que se tapaba Katerina Lvovna. La joven se levantó rápidamente del jergón desgastado por las caderas de las presas, se echó el tabardo sobre los hombros y metió prisa al guía que estaba delante de ella.

Mientras Katerina Lvovna recorría el pasillo solo en un punto débilmente iluminado por un candil ciego,

tropezó con dos o tres parejas imposibles de percibir desde lejos. Al pasar junto a la celda temporal de los hombres, a través de la ventanita abierta en la puerta, a Katerina Lvovna le pareció oír risas contenidas.

—Se van a poner bien… —refunfuñó el guía de Katerina Lvovna y, tras sujetarla por los hombros, la empujó hacia un rincón y se marchó.

Katerina Lvovna palpó un tabardo y una barba; con la otra mano, rozó el rostro acalorado de una mujer.

—¿Quién eres? —preguntó Serguéi a media voz.

—¿Qué haces tú aquí? ¿Con quién estás?

Katerina Lvovna le arrancó a oscuras el pañuelo a su rival. Esta se escurrió hacia un lateral, tropezó con alguien en el pasillo y salió corriendo.

En la celda de los hombres, resonó una carcajada general.

—¡Miserable! —murmuró Katerina Lvovna y golpeó a Serguéi en la cara con el extremo del pañuelo arrancado de la cabeza de su nueva amiga.

Serguéi ya iba a levantar la mano, pero Katerina Lvovna atravesó rápida y ligera el pasillo y desapareció tras una puerta. A su paso, la carcajada en el cuarto de los hombres se repitió con tanta fuerza que el centinela, quien esperaba apático delante del candil y se escupía las punteras de las botas, levantó la cabeza y rugió: «¡Ya basta!».

Katerina Lvovna se acostó en silencio y así permaneció hasta la mañana. Se decía a sí misma: «No lo quiero», pero sentía que lo quería aún más, con mayor pasión. Y, mientras, sus ojos representaban toda la escena: la mano de él temblando bajo la cabeza de esa otra, el otro brazo abrazando los hombros ardientes de esa otra.

La pobre mujer se echó a llorar y, en contra de su voluntad, llamaba a esa misma mano para que estuviera bajo su cabeza y a ese mismo brazo para que abrazara sus hombros que temblaban histéricos.

—Vamos, dame mi pañuelo —La soldado Fiona la despertó por la mañana.

—¿Así que eras tú?

—¡Devuélvemelo, por favor!

—¿Y por qué quieres meterte en medio?

—¿Cómo que yo me meto? ¿Es que hay tanto amor e interés aquí como para enfadarse?

Katerina Lvovna pensó un poco; después, sacó de debajo de la almohada el pañuelo que le había quitado por la noche y, tras tirárselo a Fiona, se volvió de cara a la pared.

Se sentía mejor.

—¡Maldita sea! —se dijo—. ¿Será posible que tenga celos de esa tinaja con patas? ¡Que se pierda! Compararme con ella me deja mal sabor de boca.

—A ver, Katerina Lvovna —le dijo Serguéi al día siguiente mientras caminaban—, haz el favor de entender

una cosa: yo no soy tu Zinovi Borísych. Y otra más: aquí no eres una gran mercadera, así que ten la bondad de bajar esos humos. Y no hay más que hablar.

Katerina Lvovna no respondió y, en toda la semana, caminó con Serguéi sin intercambiar palabras ni miradas. Ofendida, se mantuvo firme y no quiso dar el primer paso hacia la reconciliación tras su primera riña con Serguéi.

A todo esto, en esa época en que Katerina Lvovna se enfadó con Serguéi, este empezó a pavonearse y a coquetear con la blanquita Sonetka. Le hacía reverencias especiales, le sonreía o, cuando se encontraban, trataba de abrazarla y estrecharla. Katerina Lvovna lo veía y su sangre hervía con más fuerza.

«¿Seré yo quien tenga que hacer las paces?», pensaba tropezando y sin ver la tierra bajo sus pies.

Pero su orgullo, aún más que antes, no le permitía ser ahora la primera en acercarse para hacer las paces. Y, mientras, Serguéi se obsesionaba más con Sonetka y todos veían que la inaccesible Sonetka, que en todos se enredaba, pero que nada daba, parecía estar empezando a dejarse domar.

—Y tú, quejándote de mí… —le dijo en una ocasión Fiona a Katerina Lvovna—. ¿Y qué es lo que yo te hice? Lo mío fue casual y ya pasó, pero yo que tú vigilaría a Sonetka.

«Este orgullo mío me va a perder; tenemos que hacer las paces ya mismo», decidió Katerina Lvovna concentrada en solo una cosa: la forma más hábil para hacer las paces.

Fue el propio Serguéi quien la sacó de esta difícil situación.

—¡Lvovna! —la llamó durante un alto—. Sal a verme un momento esta noche; tenemos que hablar.

Katerina Lvovna no dijo nada.

—¿Qué pasa? ¿Todavía estás enfadada? ¿No vas a salir?

Pero Serguéi y todos los que observaban a Katerina Lvovna pudieron ver que, al acercarse a la casa donde se iban a alojar tras esa etapa, se pegó al suboficial mayor

y le plantó diecisiete kopeks conseguidos en la limosna común.

—En cuanto reúna una *grivna*[5], le daré lo que falta —suplicó Katerina Lvovna.

El suboficial se escondió el dinero en la bocamanga y dijo:

—De acuerdo.

Cuando acabaron las negociaciones, Serguéi dejó escapar un graznido y le hizo un guiño a Sonetka.

—¡Vaya con Katerina Lvovna! —dijo mientras la abrazaba en la escalera de entrada a la casa—. Muchachos, no hay en el mundo mujer que pueda compararse con ella.

Katerina Lvovna enrojeció, se ahogaba de felicidad.

Esa noche, en cuanto se entreabrió la puerta, salió corriendo, temblaba y sus manos buscaban a Serguéi por el oscuro pasillo.

---

5 Antigua moneda de diez kopeks.

—¡Mi Katia! —dijo Serguéi abrazándola.

—¡Ay, miserable mío! —respondió Katerina Lvovna entre lágrimas y le cubrió de besos.

El centinela recorría el pasillo, se detenía, se escupía a las botas y volvía a caminar; tras las puertas, los fatigados presos roncaban; un ratón roía una pluma junto al horno, unos grillos empezaron a cantar intentando taparse unos a otros; pero, aun así, Katerina Lvovna se sentía completamente afortunada.

Pero el entusiasmo pasó y se oyó la inevitable prosa.

—Tengo unos dolores tremendos, desde el tobillo hasta la rodilla, todos mis huesos crujen —se quejó Serguéi sentado en el suelo de un rincón del pasillo con Katerina Lvovna.

—¿Y qué hacemos, Seriozha? —interrogó ella acomodándose bajo el faldón del tabardo de él.

—¿Y si pido permiso en Kazán para ir a la enfermería?

—Ay, Seriozha, ¿qué dices?

—¿Y qué quieres que haga? Te digo que me duele muchísimo.

—Pero te quedarás aquí y a mí me harán continuar.

—¿Y qué hago? Roza mucho, te digo que me roza, aunque tampoco es que la cadena me esté llegando al hueso; lo mismo con unas medias de lana…, si las remeto por dentro —dijo Serguéi al cabo de unos segundos.

—¿Unas medias? Seriozha, yo tengo otras, unas nuevas.

—¡Mira qué bien! —respondió Serguéi.

Sin decir una palabra más, Katerina Lvovna se coló a todo correr en su celda, vació su bolso sobre el jergón y regresó precipitadamente con Serguéi con un par de medias de lana azules de Bóljov[6] con costuras vistosas en los costados.

—Ahora todo irá bien —dijo Serguéi al despedirse de Katerina Lvovna y aceptó sus últimas medias.

6 Capital de la antigua provincia de Oriol, famosa por sus trabajos artesanos.

Katerina Lvovna, feliz, regresó a su jergón y durmió profundamente.

No oyó que, tras su regreso, Sonetka salía al pasillo ni que regresaba de allí ya por la mañana.

Todo esto sucedió a solo dos jornadas de Kazán.

XV

Un día frío, gris, de viento racheado y lluvia mezclada con nieve, recibió poco amigablemente a la partida que salía por la puerta de una etapa sofocante. Katerina Lvovna salió bastante animada, pero en cuanto formó fila, todo su cuerpo empezó a temblar y se puso pálida de rabia. Se le nubló la vista, sus articulaciones empezaron a quejarse y a debilitarse. Delante de Katerina Lvovna estaba Sonetka con las ya conocidas medias azules de costuras vistosas.

Katerina Lvovna se puso en camino completamente apagada. Únicamente sus ojos miraban terribles a Serguéi, sin pestañear.

En el primer alto se acercó tranquilamente a Serguéi, le susurró «¡canalla!» e, inesperadamente, le escupió en los ojos.

Serguéi iba a lanzarse sobre ella, pero se lo impidieron.

—¡Me las pagarás! —dijo y se secó la cara.

—Anda, mira si es valiente contigo —Los presos se mofaban de Serguéi.

Especialmente alegre fue la risa de Sonetka. Este tipo de intriga en la que se estaba viendo envuelta era justo de su estilo.

—Esto no va a quedar así —amenazó Serguéi a Katerina Lvovna.

Esa noche, extenuada por el mal tiempo y la jornada, con el alma rota, Katerina Lvovna dormía inquieta sobre el jergón en la etapa de turno, y no sintió cómo dos personas entraban en el pabellón de las mujeres.

Al entrar estos, Sonetka se incorporó en su jergón, en silencio indicó a los recién llegados dónde estaba Katerina Lvovna, volvió a tumbarse y se arrebujó en su tabardo.

En ese mismo momento, el tabardo de Katerina Lvovna salió volando por encima de su cabeza y el grueso extremo de una cuerda doble empezó a recorrer con toda la fuerza de un hombre su espalda, cubierta únicamente por una camisola áspera.

Katerina Lvovna lanzó un grito, pero su voz no era audible bajo el tabardo enrollado en su cabeza. Empezó a dar tirones, pero tampoco obtuvo resultados: un preso robusto se le había sentado sobre los hombros y le sujetaba con fuerza los brazos.

—Cincuenta —contó una voz que no era difícil reconocer como la de Serguéi, y, de repente, los visitantes nocturnos desaparecieron tras la puerta.

Katerina Lvovna liberó su cabeza y se levantó bruscamente. No había nadie, aunque no muy lejos a alguien se le escapaban unas risitas malvadas bajo el tabardo. Katerina Lvovna reconoció la risa de Sonetka.

No había grados para medir esta ofensa, tampoco los había para el sentimiento de rabia que en esos momentos bullía en el alma de Katerina Lvovna. Sin conocimiento, salió disparada y sin conocimiento cayó en los brazos de Fiona, que la había agarrado.

En ese regazo firme que tan recientemente había dado placer a la lujuria del amante infiel de Katerina Lvovna, ahora esta lloraba su insoportable pena y, como un niño a su madre, se estrechaba contra su rival simplona y fofa.

Ahora eran iguales: las dos habían sido tasadas de igual manera y las dos habían sido abandonadas.

¡Iguales…! Fiona, la que se dejaba dominar a la primera oportunidad, y Katerina Lvovna, la que celebra el drama del amor.

Por cierto, que Katerina Lvovna ya no sentía la ofensa. Tras deshacerse en lágrimas, se volvió de piedra y, con tranquilidad inexpresiva, se dispuso a salir al recuento.

El tambor resonaba: ¡*ran*!, ¡*rataplán*!; en el patio, se iban acumulando presos aherrojados y sin aherrojar, y también Serguéi, Fiona, Sonetka y Katerina Lvovna, y un viejo creyente, encadenado a un judío, y un polaco que compartía cadena con un tártaro.

Se amontonaron todos; después, se alinearon siguiendo cierto orden y marcharon.

Era una imagen de lo más desoladora: un puñado de personas apartadas del mundo y privadas de cualquier sombra de esperanza de un futuro mejor, hundiéndose en el lodo negro y frío de un camino de tierra. A su alrededor todo era espantosamente feo: el lodo interminable, el

cielo gris, los sauces sin hojas, mojados, y los cuervos enfurruñados en sus ramas extendidas. El viento ahora gemía, ahora se desataba, ahora aullaba y rugía.

En ese ruido infernal que desgarraba el alma, que completaba el espanto de la imagen, sonaban los consejos de la mujer del Job bíblico: «Maldice el día de tu nacimiento y muérete[7]».

Hay quien no quiere prestar atención a estas palabras, a quien la idea de la muerte no consuela en esta amarga situación, sino que le asusta; este tiene que intentar ahogar esos alaridos con algo aún más terrible. Esto lo entiende muy bien el hombre sencillo: pone en libertad toda su fiera sencillez, empieza a hacer el tonto, se mofa de sí mismo, de la gente, de los sentimientos. Poco cariñoso ya de por sí, se vuelve especialmente malo.

***

—¿Qué tal, mercaderita? ¿Mi señora goza de buena salud? —le preguntó un descarado Serguéi a Katerina

7 En realidad, el consejo de la mujer de Job es: «Maldice a Dios y muérete».

Lvovna en cuanto la partida dejó, tras un cerro empapado, la aldea donde habían pasado la noche.

Y con estas palabras, ahora ya dirigidas a Sonetka, se envolvió en su faldón y empezó a cantar en falsete:

«Tras el cristal, a la sombra, aparece una cabecita castaña.

No duermes, tormento mío, no duermes, picarona.

Yo te cubriré con mi faldón para que no te vean[8]».

Con estas palabras Serguéi abrazó a Sonetka y le dio un sonoro beso en presencia de toda la partida…

Katerina Lvovna lo veía sin ver, caminaba ya sin vida alguna. Empezaron a darle empellones y a señalarle las indecencias de Serguéi y Sonetka. Se convirtió en objeto de burlas.

—Déjenla en paz —intervenía Fiona cuando alguien en la partida intentaba burlarse de los traspiés de Katerina

---

8 Los dos primeros versos pertenecen al poema «Výzov» (Invitación) de Yákov Petróvich Polonski (1819-1898).

Lvovna—. ¿Es que no ven que la mujer está realmente enferma, demonios?

—Claro, se le han calado los pies —un joven preso hiló fino.

—Ya se sabe cómo es la estirpe de mercaderes, todos de educación delicada —respondió Serguéi—. Claro, que unas medias calientes puede que no le vinieran mal.

Katerina Lvovna pareció despertar.

—¡Víbora ruin! —dijo sin poder contenerse—. Búrlate, canalla, búrlate…

—Nada de eso, mercaderita, no me estoy burlando. Es solo que Sonetka vende unas medias muy prácticas y he pensado que lo mismo nuestra mercadera quiere comprarlas.

Muchos se echaron a reír. Katerina Lvovna caminaba como un autómata al que habrían dado cuerda.

El tiempo se desató aún más. De las nubes grises que cubrían el cielo empezaron a caer copos húmedos

de nieve que, nada más tocar el suelo, se derretían y hacían aumentar el ya de por sí intransitable lodo. Por fin, apareció una franja plomiza oscura, cuyo segundo margen no se distinguía. Esa franja era el Volga. En el Volga, soplaba un fuerte viento que llevaba y traía unas olas oscuras de grandes fauces.

La partida de presos, empapados y ateridos, se acercó lentamente al punto de transporte y se detuvo a esperar el pontón.

Se acercó el pontón, oscuro, mojado. La tripulación empezó a distribuir a los presos.

—Dicen que en el pontón guardan vodka —señaló un preso cuando, cubierto de copos de aguanieve, el pontón se apartó de la orilla y empezó a balancearse bajo los golpes del enfurecido río.

—Bien que nos vendría ahora un trago, sí —intervino Serguéi y, acosando a Katerina Lvovna para regocijo de Sonetka, dijo—: Mercaderita, por nuestra antigua amistad, convídame vodka. No seas avariciosa. Acuérdate, querida mía, de nuestro antiguo amor, de las veces que estuvimos juntos, lo que disfrutamos en las

largas noches otoñales, cariño, y de cómo, sin popes ni salmos, dimos descanso eterno a tus parientes.

Katerina Lvovna temblaba de frío. Aparte del frío que atravesaba su vestido empapado y le calaba hasta los huesos, en el organismo de Katerina Lvovna sucedía algo más: su cabeza ardía como si estuviera en llamas, sus pupilas se habían agrandado y reanimado con brillo vagabundo, vivo, y estaban clavadas, inmóviles en las olas andantes.

—Pues yo sí que tomaría un poco de vodka, no aguanto este frío —dijo Sonetka con voz cantarina.

—Mercaderita, ¿cómo que no te invitas? —Serguéi seguía incordiando.

—¡Eh, tú, ten un poco de consideración! —le reprendió Fiona meneando la cabeza en señal de reproche.

—No te honra nada todo esto —apoyó a la soldado un preso llamado Gordiushka.

—Ya que ella te da igual, al menos, ten un poco de respeto por los demás.

—¡Vaya con la mujerzuela! —le gritó Serguéi a Fiona—. Sí, claro, que tenga respeto, ¿a santo de qué iba a tenerlo? Quizá nunca la haya querido, pero ahora…, ahora los zapatones sin tacones de Sonetka me resultan más agradables que esa jeta suya, que parece un gato desollado. ¿Tienes algo en contra? Que se enamore de la boca torcida de

Gordiushka, o… —Se volvió hacia un retaco a caballo con capote caucasiano y gorra militar con cucarda y añadió—: O mejor aún, que le haga carantoñas a nuestro custodio; al menos, la lluvia no se cuela por debajo del capote.

—Y empezaríamos a llamarla oficiala… —canturreó Sonetka.

—¡Pues claro! Y le resultaría fácil hacerse con unas medias —secundó Serguéi.

Katerina Lvovna no se defendió, seguía mirando fijamente las olas y moviendo los labios. Entre las abominables palabras de Serguéi podía oír un ruido sordo, el gemido del oleaje abriéndose y batiendo. Y, de pronto, al romperse una de las olas se le apareció

la cabeza azul de Borís Timoféich; en otra se asomó y empezó a balancearse su marido abrazado a la cabeza caída de Fedia. Katerina Lvovna intentaba recordar alguna oración, pero sus labios susurraron: «Las veces que estuvimos juntos, lo que disfrutamos en las largas noches otoñales, y de cómo dimos terrible muerte y echamos de este mundo a esa gente».

Katerina Lvovna temblaba. Su mirada perdida se concentró y se volvió salvaje. Sus brazos se extendieron una y dos veces hacia los confines y volvieron a caer. Y, un instante después, empezó a tambalearse sin apartar los ojos de las oscuras aguas, se agachó, agarró a Sonetka de las piernas y, un instante después, se arrojaba con ella por la borda del pontón.

La sorpresa dejó a todos petrificados.

Katerina Lvovna apareció en lo alto de una ola y volvió a hundirse; otra ola sacó a Sonetka.

—El bichero, ¡lancen el bichero! —gritaban en el pontón.

Un bichero pesado, atado a una cuerda larga, alzó el vuelo y cayó en el agua. A Sonetka no se la veía. Al poco levantó los brazos de nuevo mientras era arrastrada por la corriente lejos del pontón, pero en ese mismo instante Katerina Lvovna se elevaba en otra ola casi hasta la cintura, se lanzaba sobre Sonetka cual poderoso lucio sobre un rutilo de aletas blandas y ya ninguna de las dos volvió a aparecer.

“Katerina Lvovna caminaba y caminaba por las habitaciones vacías, empezaba a bostezar de aburrimiento y subía por la escalerilla a la alcoba conyugal, dispuesta en un entrepiso alto y no muy grande...

Colección
Lima Lee

